

Un mundo aburrido

Asier Triguero

UN MUNDO ABURRIDO



Capítulo 1

"*Un mundo aburrido*" es una colección de relatos que se fija en las minucias que nos rodean, que trata de quitar el polvo a los ratos muertos a base de historias cortas basadas en hechos tan reales que te parecerán ficticios.

Salta de una historia a otra, viaja con los personajes y transforma el aburrimiento en un chiste digno de ser contado en la barra de un bar.

Todas las historias pertenecen a Asier Triguero y están publicadas en www.asiertriguero.com

Esta es una edición y selección especial para www.megustaescribir.com

Junio 2015.

Capítulo 2

ÍNDICE

Treinta y tres por ciento

Un invierno en la playa

Nora y la 236

En todas las ventanas

El tipo que parece un durum para llevar I

El tipo que parece un durum para llevar II

Asesino de cretinos

El bol de cereales

El túnel

Un mundo aburrido

Un martes, sobre las once

Silvia, la antílope

Frutos Salamanca

El día en el que la ciudad no despertó

Los remedios de Germán y el saxofonista negro

Naia

Aquí dentro no hay nadie

Midnight blues, duerme, ciudadano, duerme.

La gloriosa mesita de café

Maldita sea... (o la segunda aparición de Charlie Nazca)

El tipo que no sabía

La extraña burbuja

Cuatrocientos metros en línea recta

Después del día de la zanahoria

La saga americana.

Capítulo 3

TREINTA Y TRES POR CIENTO.

–¡Machácamela, échale huevos! A la de tres... –Fernando sujeta el martillo de carpintero como si éste pesase dos toneladas; jamás ha hecho daño a nadie. A diario convive con gente a la que eso no le importa lo más mínimo, y le instan a cometer actos violentos llamándole marica por ser incapaz de aplastar una mosca con sus enormes dedos.

–¡Una! –grita Sesi con la pierna derecha extendida sobre la mesa y con todos los músculos en tensión, esperando el martillazo.

–¡Dos! –añade Cabeza Tuerca con el morbo de quien sediento de sangre asiste a una pelea de gallos en Puerto Rico. A sus puños apretados le faltan billetes arrugados asomando por los lados.

–¡Tres! –completo yo, sabiendo que no va a pasar nada.

Fernando cierra los ojos con tanta fuerza que sus pobladas cejas le cubren toda la cuenca ocular. Cabeza Tuerca alienta la escena con un "¡vamos, vamos!" mientras se rasca los huevos con lujuria. Sesi grita como un cerdo esperando el desenlace... Pero al final no hay martillazo. Deben de llevar así todo el día; me ponen de los putos nervios. En vez de proponerle a Cabeza Tuerca que sea el verdugo, cosa que le haría mucha ilusión, se ponen a pensar otro plan en el que Fernando sea el ejecutor. Quieren que Sesi consiga una discapacidad del treinta y tres por ciento. Creo que el motivo de mantener a Cabeza Tuerca con las manos limpias de sangre son los antecedentes que acumula. No quiero perder ni un minuto más en comprender la forma de razonar de estos tipos.

Cabeza Tuerca ha sido quien me ha abierto la puerta cuando he llegado a casa de Sesi. Me ha dicho: *"nos pillas con lo del treinta y tres por ciento, ya sabes. Ahora estamos a punto de solucionarlo"*, y después me ha invitado a pasar con un gesto de lo más común. Yo andaba más o menos al tanto de lo que tramaban porque Fernando me había llamado muy preocupado al trabajo el otro día para contarme lo que le iban a obligar a hacer. Yo intenté calmarle diciéndole unas cuantas cosas muy sencillas con la intención de que se les quitase esa absurda idea de la cabeza, pero como siempre, Fernando no había tenido huevos para intervenir. Además, por si fuese poco, ninguno de los tres sabe lo que quiere decir la oficina de empleo estatal cuando sitúa como requisito fundamental que el candidato al puesto de trabajo debe poseer una discapacidad del treinta y tres por ciento, y como no me tengo ninguna gana explicárselo, me he sentado en el sofá roto y me he liado un porro de la marihuana que les acabo de

comprar. A eso venía y en ello estoy: a comprarles cuatro bolsas y de paso mantener a flote la única fuente de ingresos que les permite seguir merodeando a los tres por casa de la abuela de Sesi sin trabajar en nada y colocándose a diario.

–Si sólo te jodemos una pierna tendrías una discapacidad del veinticinco, porque aún te quedaría la otra pierna y los dos brazos... ¿Cómo conseguiríamos ese ocho por ciento? –echa hacia atrás su fea cabeza de tuerca y, como quien piensa en algo muy importante, cierra los ojos mirando al techo. Sesi y Fernando esperan resultados– Traed una calculadora, papel y lápiz–. Fernando sale disparado y sin rumbo alguno en busca de dichos ítems. Me muero de ganas por conocer sus cálculos, pero Fernando se demora. La abuela de Sesi aparece caminando lentamente por el salón lleno de humo. Para ella no hay nadie y anda igual que aquel que busca refugio en la niebla. Lleva tres placas de un cuarto de kilo de hachís bajo el brazo como quien porta una carpeta llena de documentos importantes.

Se detiene unos segundos, titubeante, y al de poco, pasito a pasito, se acerca a la televisión que es de esas antiguas que se calientan mucho y posa las tres placas donde algunos hace años ponían figuritas folclóricas. Doy una calada al porro y aparece Fernando con las cosas.

–Esta calculadora sólo sirve para convertir pesetas a euros, pedazo de inútil. Además funciona con energía solar y están las persianas bajadas –dice Cabeza Tuerca enfadado, pero algo le debe decir el lápiz, porque de pronto su expresión cambia–. Un momento... ¿y si Fernando te clava esto en el ojo? Ojos sólo tienes dos y un ojo es más que una pierna, puede que con eso consigas una discapacidad del cincuenta por ciento por lo menos, mucho más que el treinta y tres, y tendrías ventaja sobre los demás candidatos...

–No... Tuerca, no... no me obligues hacer eso por favor –suplica Fernando. Sesi se lo está pensando.

–Es un puesto fijo, Fernando. Trabajar sólo por las mañanas seis horas de lunes a viernes y son mil quinientos veintitrés euros al mes, ¿sabes cómo podríamos vivir con eso los tres? ¡Mil quinientos veintitrés euros al mes! –Cabeza Tuerca repite la cifra suavemente, perdiéndose en un mar de sueños y posibilidades, y después continúa–. Recuerda la descripción de la oferta que vimos en la página web. Comercial de productos de repostería con discapacidad, imprescindible discapacidad del treinta y tres por ciento o superior.

–¿No decía nada de un certificado igual de imprescindible? –añado.

–Ya pensamos en eso, en falsificar el certificado, pero es muy difícil, creo

que tienen marcas de agua como los billetes –dice Sesi.

–Por lo que pasamos directamente a los hechos, y en estas estamos, si queremos certificado, debe haber daños –añade Cabeza de Tuerca, magnánimo.

–Ajá, ¿y especificaba qué tipo de discapacidad? Quiero decir, puede que sólo busquen discapacitados mentales –trato de decirlo sin que me aborde una inevitable carcajada.

–En ese caso sería Cabeza de Tuerca quien se presentaría como candidato al puesto, tiene piezas de metal en el cráneo desde aquella hostia que se dio en la moto hace años. Además, tiene unos papeles auténticos que afirman que es retrasado, pero sólo para algunas cosas –contesta Sesi.

–Aún así todo es mejor tener dos candidatos al puesto que uno, así que... ¿cómo veis lo del ojo? –pregunta Cabeza de Tuerca.

–Creo que al final va a ser la mejor opción –contesta Sesi.

Me aparto de la conversación y sigo fumando, he llegado muy nervioso pero me estoy recuperando. He tenido un día duro y la semana que entra va a ser peor. Mucho curro en el hospital. Dobles guardias y bastante psicosis por el ébola y todo eso.

–No puedo hacerlo –dice Fernando.

–¡Hostias tío, no seas marica! Sabes que Tuerca no puede por los antecedentes, ¿vas a ser toda la vida un maricón de mierda incapaz de hacer nada?

La tranquilidad a veces se evapora en mí como el estallido de un globo lleno de agua tibia a velocidad hiper lenta, ¿habéis visto algunas veces esas imágenes que se utilizan en los anuncios de móviles con cámaras de tropecientos mil mega píxeles en los que se ve reventar un globo tan despacio que casi parece de porcelana?

Bien, pues eso ocurre con mi tranquilidad cuando veo a personas como Sesi y Cabeza Tuerca tratar de esa forma a personas como Fernando y también cuando veo a personas como Sesi, Cabeza Tuerca y Fernando, actuar de esa forma ante la vida y los problemas cotidianos. Como si juntos no pudieran sumar el cerebro que permite huir al mosquito de un manotazo. La abuela de Sesi vuelve a aparecer en el salón como una viuda de guerra que salió hace tres décadas en busca de su marido y perdió la cabeza en el intento.

–¡Vete de aquí puta vieja! ¡Estamos tratando de hacer algo importante! ¡Nuestro futuro está en juego! –grita Sesi. Cabeza Tuerca se ríe y le lanza

bolas de papel por la espalda; Fernando baja la mirada apenado y no tiene huevos a decir nada. Me levanto del sofá roto y apago la colilla del porro en el cenicero.

–Una vez vi en internet que si mezclas clara de huevo, vodka, bicarbonato, dos mililitros de lejía y tres de barniz en una taza de porcelana y te la bebes, entras en un coma del que despiertas con lesiones cerebrales irreversibles –dice Cabeza Tuerca.

–Eso es demasiado, Tuerca, un ojo, la pierna y cosas por el estilo, bien, pero la cabeza la quiero mantener sana porque voy a tener que manejar una furgoneta todos los días y tratar con gente –añade Sesi. Yo ya estaba levantado y con intención de irme de allí, pero el globo de agua tibia ya se había reventado dentro de mi pecho y todo menos lo que se puede llamar tranquilidad circulaba por mis venas.

–¡Tienes que hacerlo puto marica! –Grita Sesi

–¡Hazlo ya, imil quinientos veintitrés euros al mes para los tres! –berrea Cabeza Tuerca

Yo, con suma tranquilidad y mientras ellos se rebozan en el éxtasis de su propia estupidez, cojo el lápiz, se lo clavo con precisión a Sesi en el globo ocular y, con la mano izquierda (soy zurdo para la fuerza), golpeo con destreza su rótula derecha a la vez que los berreos de Tuerca y Fernando compiten en estridencia e intentan maridar la fascinación con el horror. Nadie dice nada. Cuando me dirijo a la puerta veo que la abuela de Sesi está metiendo con esfuerzo un montón de ropa sucia y ajada en el horno. Espero que al final consigan el trabajo.

Capítulo 4

UN INVIERNO EN LA PLAYA

La llovizna es tan leve que parece una nube cansada tumbándose sobre la arena. Sopla viento terral con la insignia de un martes de febrero. En la orilla, un perro juega con una foca que espera a que el mar se calme para volver a entrar. Ambos son crías, pero el cachorro observa a la foca como lo hace un bebé plantado ante un señor alto con bigote, y ésta, con los ojos entrecerrados, trata de averiguar si los surfistas son o no parientes lejanos con los que hace tiempo que no charla. Las olas se pliegan con un chasquido semejante a un hueso fracturado.

La playa en invierno es como esos sitios que la mente se inventa cuando sueña y con los que te parece guardar un potente vínculo; como si no te acordaras de que ése fue tu hogar durante muchos años.

Desde el agua se puede ver cómo dos chubasqueros, uno rojo y el otro azul, pasean con ritmo y sin paraguas. Parece que dentro de las capuchas las caras mantienen cierta conversación entre ellas; probablemente acerca de un caldo que les espera en el centro del pueblo a la vuelta de su esquina preferida. Desde la arena se perciben veintitrés figuras negras que asoman medio cuerpo sobre la superficie esperando algo que parece importante. Una ola estalla contra el espigón cubriéndolo de nata y de pronto el movimiento de los surfistas convierte el océano en una autovía con rotondas.

Un par de perros ladran a un palo, la foca ya no está, la orilla parece otra y un destello delata a un solitario fotógrafo que trata de capturar algo de todo esto. Es un día entre semana, pronto por la mañana, en un pueblo sin alcalde en el que todos los adultos se convierten en niños durante un rato.

Allí no existen los plazos, ni las sillas con respaldo reclinable, ni la gente que intenta disimular el olor a pies con exceso de desodorante. Una piedra, un palo con forma extraña o una gaviota sobre una bolla llena de mejillones, son suficientes para llenar el alma. La playa nos convierte en niños a todos por un momento.

Una señora con abrigo de visón hunde sus reumáticos tacones en la arena y mira al horizonte comulgando con el tiempo. Otra pierde el equilibrio a causa del viento y aterriza sobre cemento acolchado. Varios policías hablan de tablas de surf con unos tipos barbudos de pelo largo alrededor de una furgoneta que no tiene los papeles en regla. Alguien le pide ayuda a otra persona y un gato pardo sale de debajo de un coche con

un trozo de pan en la boca. El camión de la basura cede el paso a un surfista que chorrea agua marina y éste, al cruzar la carretera, saluda a una rubia que corre con la tabla debajo del brazo en dirección opuesta al viento, mostrando así toda la potencia de su belleza.

Aquí nadie mira temeroso a través de la ventana hacia un exterior desapacible, porque saben que la playa, sobre todo en invierno, nos convierte a todos en niños al menos por un rato.

Capítulo 5

NORA Y LA 236.

Camina por los pasillos del hospital adormilada, arrastrando algo los pies y directa hacia la máquina de café: su principal aliada en el turno de prácticas por la mañana, más aún cuando se ha pasado hasta altas horas de la noche estudiando para los exámenes finales.

Afortunadamente Nora lleva hoy unas cuantas monedas en el bolsillo de su bata, cosa que no suele ser habitual. Con el empleado de la cafetería de la planta baja podría conseguir un café gratis haciendo uso de su cara bonita, pero no tiene ni tiempo ni ganas. Aunque las máquinas no entienden de flirteo, ahora es mucho más fácil meter treinta céntimos por la ranura y apretar un botón.

Nora tiene veinte años, es enfermera de vocación y posee cierta fijación por los partos. De hecho, una de sus metas es llegar a convertirse en comadrona algún día, pero es el acto de cuidar a los demás lo que realmente mueve sus entrañas y lo que le da ese aspecto amable y atento a su rostro que parece que, incluso fuera del hospital, esté buscando soluciones a tus dolores cuando te observa tras sus nórdicos ojos claros.

La máquina de café zumba y se pone manos a la obra después de los habituales pitiditos e iluminaciones que anuncian la cotidiana batalla contra el sueño. Mientras, Nora se regocija al recordar las amables palabras que ayer le regaló su supervisora por su excelente trato con los pacientes. Había recibido muy buenas valoraciones estos últimos días, sobre todo de Pablo. Esto ha dado un empujoncito a su ánimo de estudiante de enfermería en prácticas fan absoluta de Anatomía de Grey.

Antes de que Nora pueda llevarse el vaso de cartón a los labios suena el timbre de la 236, la habitación de Pablo. Se molesta un poco; le hubiera gustado tener dos minutos de tranquilidad antes de empezar con todo. Además, seguro que no se trata de ninguna emergencia, salvo la que puede tener Pablo por volver a verla otra mañana más. Sus compañeras no tardaron en meter a Pablo en el saco de los viejos verdes que aprovechan la mínima para pellizcarte el culo o decirte piropos subidos de tono, pero a Nora le parece un señor tierno y agradable. Así que decide no hacerle esperar y se dirige a la 236 con una sonrisa de niña recién levantada un domingo por la mañana de esos que huelen a sol y a tostadas con mantequilla. A Pablo no le gusta nada la luz del sol y, aunque hoy ha amanecido despejado y la claridad de las primeras horas advierte la potencia de un verano aún por llegar, la 236 se presenta cual cueva en penumbra, igual que siempre. A Nora le da la sensación de entrar en una

tienda de antigüedades llena de misterios y artefactos extraños cada vez que cruza el umbral de esa habitación.

–Hola, moñitos. Santo Dios, pareces fruta fresca, como una piña tropical con ese recogido de pelo que traes hoy. Te echaba de menos.

–Hola, Pablo ¿qué tal has pasado la noche? –dice Nora amablemente mientras comprueba la hinchazón de sus tobillos causada por una insuficiencia cardíaca.

–Qué manos más frías tienes siempre, moñitos. Manos frías, amantes todos los días.

El brazo de Pablo se extiende y su mano aprieta con sentimiento el codo de Nora, dejando a la vista un tatuaje sobre su piel arrugada y moteada por la edad que reza: "amor eterno Angelines".

–Me recuerdas tanto a mi difunta esposa... piel blanca, pelo rubio y esos ojos tan azules que hasta el mar se sentiría ofendido... pareces alemana, igual que ella cuando la conocí en Tetuán mientras estaba de voluntario...

Todas las mañanas Pablo le cuenta la historia de cómo conoció a su mujer y Nora le deja hacerlo porque ve la alegría del recuerdo en sus ojos. La narración suele incluir determinadas variaciones que a ella le gusta identificar como si jugara mentalmente al juego de las siete diferencias. Además, va aderezada con ese humor de anciano algo gruñón que aún contiene la fortaleza de quien ha portado un rifle y ha sabido qué hacer con él. Es diferente a los demás viejitos enfadados con el mundo y generalmente egoístas que pueblan la planta. Nora siente que él la necesita más por el dulce amor platónico que alberga su corazón de antiguo soldado; por su compañía y el recuerdo que ésta evoca, lo que constituye un agradable bálsamo para su día a día.

–¿Ya tienes novio? Una chica como tú no puede estar sin ningún pretendiente más de dos días, eso sería síntoma de que el mundo se está yendo al garete. Cuando pesques a uno tráelo aquí y ya te diré yo si te conviene o no, hoy en día los chicos son unos blandos y unos mariquitas que a la mínima de cambio se echan a llorar... Maldita sea moñitos, ¡júrame que no le darás ni una oportunidad a ninguno de esos! --Nora ríe mientras se toma el café sentada en la silla que está al borde de la cama. Adora comenzar de esta forma las mañanas. De pronto Andrés, un enfermero que Pablo no soporta, se cuelga en la penumbra habitación.

–Hay café, ¡hay café! –grita Pablo al techo—. Maldita sea chico, no dejaría que estuvieras ni a dos metros de mí si me tuvieran que rajar y jugar a los puzzles con mis entrañas, no vaya a ser que uno de esos pubescentes pelos que cuelgan de tu barbilla se me colara dentro y me

provocara una infección mortal. ¡Ser un hombre se demuestra con actos y no con falta de higiene!

Nora capta la expresión de "hay café" y añade entre risas para contrarrestar el ataque de su querido Pablo:

–A mí me gustan los chicos con barba.

–Ya sé lo que tengo que hacer entonces, ¡ay moñitos, si tuviese diez años menos!

Nora estalla en carcajadas, Pablo ríe con ella y sus ojos parecen cobrar juventud perdida. El rostro de Andrés dibuja envidia por no manejar la misma magia que Nora tiene con los pacientes; se siente desplazado, débil. Andrés había entrado tan sólo para decirle que su nieta ha venido a verle, para realizar el chequeo matutino habitual y comprobar que todo está en orden, pero lo que ha recibido es una bofetada a su autoestima al ver el efecto que la joven Nora ejerce sobre el anciano. "*A mí me gustan los chicos con barba. Eso es lo que ha dicho... mmm...*", piensa Andrés ahora viniéndose arriba.

–Dame tu teléfono, por favor, moñitos, y me harás el hombre más feliz del mundo, porque así te podré llamar cuando salga de aquí y te haré reír de esa forma todas las mañanas, a primera hora. Chicas como tú se merecen un hombre al lado que continuamente les haga feliz—. Nora se enternece tanto que sus ojos se tornan vidriosos y aprieta el brazo de Pablo en señal de agradecimiento. Últimamente escasea a su alrededor gente con buenas intenciones y detalles como estos dulcifican su espíritu. Bajo capas y capas de aspecto angelical se esconde cierto escozor que en determinados momentos la vence. Pero sabe convertirse en isla y no flotar a la deriva.

La nieta de Pablo entra en la habitación y cuando cruza el umbral sus muslos rozan las jambas de la puerta. A Nora le llama poderosamente la atención semejante desparrame carnal y en ocasiones piensa que esas caderas podrían albergar octillizos. Fantasea con la posibilidad de que algún día, si llega a convertirse en comadrona, pueda toparse con una parturienta de tal calado. La nieta hace pulseras mientras está con su abuelo; éste le pidió en una ocasión que hiciera una para Nora.

Nora y Andrés salen de la 236 y dejan a Pablo con su nieta que, a duras penas encajada en el tresillo que hay junto a la ventana, emprende de manera automática la manufactura de pulseras trenzando hilos de colores y haciendo nudos.

Por el pasillo, Andrés, titubeante y haciendo gala por enésima vez de

su torpeza en cuestiones de cortejo y conquista, le dice a Nora:

–Mañana un amigo mío que tiene un grupo de blues da un concierto en un bar del centro, y había pensado que como esta semana estás de mañana...

Nora hace caso omiso de los lamentables intentos que Andrés, bastante mayor que ella, malgasta por conseguir una cita. Se toca la muñeca, se coloca bien la pulsera y se pierde entre sus coloridas trazas. Afortunadamente su supervisora aparece por la esquina y reclama su atención.

Hoy el día ha empezado bien para Nora. Si la rutina se mantiene más o menos así, incluso puede llegar a ser una buena semana.

Capítulo 6

EN TODAS LAS VENTANAS

Hoy se cumple un año de mi herida llegada a esta ciudad suturada por puentes en torno a la húmeda llaga del río Errobi; sus casitas apiladas en el casco antiguo con la madera rajada en las contra ventanas compitiendo entre ellas por ser las más vistosas... Y su gente guapa, fina y con aire sofisticado a la que tan bien le sienta ser europea... ¡Nadie como ellos saben sentarse sobre la hierba de un parque a estar y ver pasar el tiempo sin que aparenten perderlo! Recuerdo el regusto a pistacho amargo que atravesó mi campanilla aquella tarde de mayo cuando sentí que tal vez aquí, las parejas se amaran más que en otras partes.

Amargo, verde rabioso y amargo es el pistacho; como amarga es la sensación de verte aún en todas la ventanas. En todas las ventanas.

Ahora mismo, como cada mañana, desde el balcón de mi pisito alquilado en la Rue Poissonnerie, maldigo la distancia que se coló entre nosotros sin avisar. Todos los días eran el final de todo y todo estaba en mi mente; tuya no era la culpa. Nuestros nombres eran un bucle del que sólo se sale con un trayecto y buscarlo era la solución, pero mi cobardía tan sólo halló la huida como única vía de escape al desastre.

Trabajo en una pequeña librería cercana a mi casa en la que de vez en cuando entra gente despistada queriendo encontrar algo que piensan buscar desde hace tiempo. Les sirvo café y les doy pastas y les sonrío y les hago ver que sé de literatura. Alguna vez compran algo. Te sonará estúpido, pero no hay día que no espere que las campanitas de la puerta me devuelvan tu silueta.

Tintineo...

–Disculpe... ¿Tiene primeras ediciones?

Simplemente es alguien. Así todos los días, demasiadas veces.

–Menos de Rimabaud, de todos –Se trata de un pequeño chiste que me permito y que espero no tener que explicar. El que pregunta es un hombre de apariencia culta que ignora mi gracia y continúa mirando las polvorientas estanterías sin apenas sonreír ni volverse. Prosigo con mi lectura, una extraña y subterránea edición de "Love is a dog from hell".

Aquella primera semana. Aquella primera semana en la que todo se veía con aire nuevo y virgen y puro. Aquella primera semana en la que te vi asomada a tu ventana con la taza de café en una mano y el cigarrillo en la otra... El resol de la mañana nublada acentuaba tu gesto con un toque enfadado que me cautivó por completo, como si con la arruguita del entrecejo pudieras apartar todos los martes del calendario. Me quedé allí plantado, observándote desde abajo, con ese típico dolor detrás de las orejas....

Hoy he quedado para almorzar con mi amiga Julia en la otra orilla del río. Cada cierto tiempo —variable— nos permitimos el lujo de unas modestas ostras y unos mejillones al vapor regados por un espumoso Cavernet Sauvignon. Julia es mayor que yo y dirige una galería de arte en una callejuela cercana a la catedral. Cree en el poder del universo y siempre huele a incienso. Le encanta aplicar sus creencias místicas a los derroteros que encauza mi vida.

—Aunque no sea ella, estoy segura de que acabará volviendo a tu vida transformada en otra —dice ahora mismo, sorbiendo la cuarta ostra como si cada una escondiese una perla en su interior. Una vez me explicó cómo se las apañaba para saber si un hombre o una mujer eran buenos amantes dependiendo de la forma en que estos se enfrentaban al sorber una ostra. Es bisexual, está divorciada y tiene varios amantes, pero parece haber renunciado al amor en su forma más tradicional. La envidio por eso y lo sabe, utilizándolo hábilmente contra mí en nuestras charlas—. Puedes esperar eternamente a que vuelva la persona en sí o puedes buscar aquello que veías en ella en otras mujeres. Dime, ¿cómo era ella físicamente? Se concreto, por favor, quiero una ficha policial.

—Metro sesenta tres, treinta y seis de pie, rubia, ojos claros, delgada y fibrosa, cara alargada, pelo liso y sin antecedentes —Una gaviota alza el vuelo desde el bordillo que da al río.

—Y de todo eso, ¿Qué es lo que más...?

—La forma en que fruncía el ceño los días nublados.

—¿Sabes la cantidad de chicas que se pueden parecer a ella?

—Y su voz, ese susurro dulce...

—Por Dios, para, no creo que sea capaz de aguantar tanta ñoñería... Sabes lo alérgica que soy al pastel, no me tortures. Simplifica, levanta el ancla, avanza. ¿Aquello acabó, no es cierto? —me mira y yo la esquivo— Mírame, ¿se acabó, verdad? —Cojo un mejillón del balde.

-Sí, pero continuo viéndola en todas las ventanas...

-Joder, es para lanzarte al puto río... ¿Qué hago contigo? Mira esa chica que va en bici por allí -Julia comienza a hacerle señas, como si la conociese.

-Julia...

-¡Sólo tienes que estar atento! ¿Quién te dice que esa no puede ser? ¿Y la camarera que nos ha servido el vino? ¿Dónde está... -Se levanta-Maldita sea, abre los ojos, ¡mira esa!

Julia, divertida, cual tripulante de una embarcación que grita ¡tierra a la vista!, señala a una chica que está sentada en el bordillo mirando al río, próxima a las musgosas escaleras que descienden hacia la orilla llena de muebles.

Algo en la expresión corporal de esa chica me obliga a fijar la mirada en ella. Está dando de comer a las gaviotas el pan que le sobra de su bocadillo. Le rodean por lo menos docena y media; es curioso, parece conocer a algunas de antes. Bebo vino mientras la observo. Cara redonda y pálida; el despreocupado recogido que luce su pelo le aporta autenticidad.

De pronto, el inesperado bocinazo de un autobús asusta a sus amigas las gaviotas y éstas salen volando de forma descontrolada. La chica pierde el equilibrio y se precipita al río.

-¡Dios Santo! -exclamo, saliendo despedido en su ayuda.

Julia se queda en la mesa, comiendo ostras y mejillones y bebiendo vino.

Recuerdo cómo te saqué de las frías aguas del río y cómo presioné el corte de tu ceja para que no sangrara más mientras esperábamos a una ambulancia que nos llevara al hospital. Recuerdo cómo esperé en la sala del hospital y después junto a tu cama, especulando acerca de tu vida y degustando la tranquilidad que el pronóstico médico había arrojado contra mi pecho...

Ibas a despertar, no había sido nada grave, el desafortunado incidente nos había juntado en torno a la misma cama en la que abrirías los ojos para mirarme de esa forma tan graciosa...

-Cariño, hemos quedado dentro de media hora con Julia para comer, ¿Qué haces?

-Sí, enseguida, Adele -así te llamabas, así te llamas-. Estoy terminando una cosa.

Lo que estoy terminando es este relato.

Hoy se cumple un año desde que te vi dar de comer a las gaviotas. Hemos decido iniciar una especie de ritual de celebración en el que vamos a comer con Julia y después ella da una fiesta en su galería de arte con el lema del Karma. Hoy no he abierto la tienda. Puede que comience a creer un poco en la energía del universo y esas cosas. Adele tiene un retraso de cuatro días.

Bayona, 20 de Agosto de 2014.

Capítulo 7

EL TIPO QUE PARECE UN DURUM PARA LLEVAR.

Primera parte.

Estoy en una sala grande, mal iluminada y llena de gente obsesionada por parecer importante. Sombreros inconexos, gafas sin cristal graduado y cosas de esas que le permiten a uno no tener que leer libros para hablar de literatura. Entre el público se ha abierto un pasillito de hombros y piernas que desemboca en el artista que hace la performance. Performance, o cómo llaman los obsesionados por la importancia a una actuación rara y que generalmente suele provocar una cosa que yo llamo vergüencita.

El artista berrea cosas imposibles de entender con su pequeño y delgaducho cuerpecito (inclusive guitarra) envuelto en papel de aluminio. El tipo parece un durum para llevar. Se nota demasiado el empeño que pone en que no se le entienda lo que grita. Mientras su voz de globo anudado que deja escapar un poco de aire mendiga una pizca de atención, me doy la media vuelta y me dirijo a la barra a por una cerveza. Algunos me miran, pero la mayoría se esfuerza en parecer interesado por lo que pasa al final del pasillito de hombros y piernas donde el tipo que parece un durum para llevar grita cosas que no se le entienden.

Cuando me miran bajo la vista hacia el suelo; está lleno de purpurina y se parece a un cielo de finales de junio cuando eres adolescente y has acabado las clases y sientes que todo lo bueno está aún por llegar. La camarera se acerca hacia el lado de la barra donde estoy y me adelanto a pedir, porque siento que si se acerca más y me pregunta qué quiero puedo cometer un error grave, de esos que te persiguen semanas y te gritan y los oyes dentro de la cabeza cuando menos te lo esperas.

"Una caña, por favor", digo, creo que más alto de lo esperado; hay quienes se dan la vuelta para mirarme. Me centro en el metal frío y húmedo de la barra que dibuja círculos psicodélicos de detergente y aceite como esos que salen en los vídeos de Strawberry Alarm Clock. Puedo distinguir a través de ellos los firmes y sensuales círculos que la camarera ha trazado con una bayeta sucia mientras pensaba, por ejemplo, en que tenía que comprar champú. Sus brazos, como palos de canela salvaje, portan un botellín verde que sonrío y me da las gracias con ácidas burbujas porque lo he liberado de una cámara frigorífica pagando tres euros por su rescate. Beso su cuello repetidas veces mientras observo el tumulto. Narices, orejas, nuca, perillas, pendientes, tatuajes, abrigos sobre el brazo, barbillas que asienten, ojos tristes, sonrisas solitarias y

caras de sorpresa cuando un presentador de televisión muy famoso sube al escenario a hablar de la causa que nos reúne a todos en esta cueva llena de obviedad.

-No te esperaba hoy -dice una voz de muñequita. Bajo la vista y la veo. Es ella.

-Yo tampoco -contesto-. He tenido un día turbio, pero él merece la pena. No el hombrecillo que parece un durum para llevar ni el que está ahora sobre el escenario -ella se ríe como un bosque en otoño y de pronto me apetecen frutos secos-, ya me entiendes, el homenajeador, el tipo que ha organizado todo esto. Él me ayudó mucho cuando empezaba, en los días duros en los que quería mandar todo a la mierda -ella no sabe que aún sigo queriendo mandar todo a la mierda.

-¿Qué tal tu nueva novela? ¿Cuándo sale?

-En ello estamos, creo que pronto verá la luz -respuesta estándar -¿Qué tal tu disco? -pregunta obligada.

-Estamos pringando demasiada pasta. Hoy me he pasado el día viendo vídeos de asesinos en serie. Purple se ha empeñado en meter putos sonidos de trompeta en el estribillo y yo no puedo, ya sabes el problema que tengo.

-Que te ríes.

-Sí. No lo puedo evitar y entonces todo se va a la mierda y por eso pringamos pasta. Entiendo a algunos asesinos en serie.

-¿No podéis meter el sonido después? Quiero decir, en los arreglos...

-¿Sales afuera a fumar un canuto?

-Vale.

El ascensor está lleno de palabras y de espejos, hay mucha luz y demasiados pisos. No puedo mirar al suelo porque veo sus pies y me vuelvo loco y hoy he tenido un día muy turbio.

La entrada del teatro está ocupada por un grupo de gente contratada para que esté siempre en la puerta fumando tabaco de liar, riéndose de cosas y vestida a la moda; lo que significa parecer un vagabundo al que recién le ha tocado un pellizco en la lotería y no sabe cómo combinar las prendas que se ha comprado en su primer arrebatado consumista. Son un reclamo para que cualquier rezagado que pase por la zona y al que le encante parecer importante se dé cuenta de que el sitio está lleno de

gente como él.

-Melquiádes presenta su nuevo libro la semana que viene -dice ella mientras rasca la piedra de hachís; parece una ardilla con su bellota.

-Ya lo sé.

-He oído que vas a intervenir, que vas a hacer una de las tuyas -sus deditos hacen crujir el arrugado papel de liar. Me fascina el concepto que la gente tiene de mí.

-Haré algo, sí. Ya sabes, en mi línea

Trato de seguirla el rollo, de parecer interesante porque lo tengo todo controlado, pero su lengua brillante deslizándose con finura sobre el pegamento me vence de tal forma que se me olvidan unas cuantas cosas.

El sonido de un whatsapp sale de mi bolsillo y reta al poder de sus ojos que dicen: "míralo, y si tienes fuerza, contesta". Alegoría dice: "Andáis x ahí??" Xoxanna dice: "Te he visto en la barra, líbrate de esa indie y ven a la otra esquina, estoy con estas. Tenemos setas. Todo se ve + bonito". Marcus me ha mandado una imagen de alguien que ha intentado hacer algo y se ha dado un golpe muy fuerte en las pelotas. No contesto a nada.

-¿Tienes a Mona en Instagram? -me pregunta. Mona es la batería del grupo en el que ella canta y diría que "es una tía de lo más" si yo dijese gilipolleces como esa.

-No la tengo, ¿por qué?

En realidad no tengo Instagram pero siempre he odiado a la gente que dice no tener cosas que la mayoría tiene sólo por parecer interesante.

-El otro día subió una foto en la que se la veía comiéndole los morros a Cristi en un reservado del Lower -me pasa el porro mientras echa el humo de lado y hacia arriba, como si quisiera imitar a una locomotora de vapor o a alguien que tiene ligero interés por los muebles de diseño.

-Ajá. El otro día oí que Mario Vaquerizo consiguió cuarenta "kas".

No sé por qué digo eso. En realidad no entiendo la mayoría de lo que le interesa a la gente y eso a veces me obliga a comportarme de manera extraña con los demás. Aún así todo, ella parece recibir mi respuesta como algo lógico dentro de su micro mundo.

–Después voy a ir con los del grupo a una fiesta en una casa de la parte vieja, vente si quieres, vente con nosotros, dicen que va haber óxido nitroso para chutarse. Creo que va a estar el director de la revista "ancas de barrio" y el editor de "puñetazo en el estómago", gente del artisteo y todo eso. El otro día el tipo ese de la radio que sale por las mañanas me habló de ti, fuimos porque nos entrevistaron por el lanzamiento de nuestro nuevo disco...

–¿Y tu problema con las trompetas? –interrumpo, no soporto a los que utilizan la expresión "gente del artisteo".

Ella continúa hablando de la gente que conoce y de la que cree que conozco yo reproduciendo la misma puta estampa que todos los demás cuando creen que forman parte de un círculo de gente importante. Por un momento me dice que ha sido una sorpresa verme en el evento porque me hacía en Tailandia, y yo continuo fumando hasta que vuelvo a tener ganas de tomarme otra cerveza y las sílabas poco a poco se vuelven más pequeñas. Subimos en el ascensor —que sigue lleno de palabras y con mucha luz— con un tipo que cree que llevar tirantes es gracioso. Ella se mira en el espejo y se retoca el pelo y todo el espacio se llena con infinitas imágenes de ella coqueteando con su propio reflejo. Me apetecen mucho unas castañas, pero no es temporada.

Cuando entramos de nuevo en la sala hay un tipo encorvado sobre el escenario que cree que coger el micrófono con el mango para arriba es moderno y necesario si sales a rapear obviedades sacadas de telediarios. A ella parece encantarle el tipo por lo moderno y rompedor que es y todo eso, así que no me resulta difícil deshacerme de ella. Voy a la esquina donde Xoxanna y una amiga están posando para un selfie que en pocos minutos acumulará una docena de me gustas. Ella y sus amigas se comportan como si tuvieran que soportar un viento del noroeste de ciento sesenta kilómetros por hora; sus movimientos tiemblan y parece que tienen dificultad para concentrarse. Me acerco y ellas me obligan a sacarme como doscientas fotos iguales. Pido una cerveza para mí y cócteles de colores y nombres absurdos para ellas.

–Lleva esas gafas para hacer creer a los tíos que hace unas mamadas de ensueño, pero yo creo que en realidad le va más otra cosa –dice Xoxanna, y haciendo el signo de la victoria deja que su lengua aletee entre sus dedos como un colibrí. Se refiere a la chica con la que he estado abajo fumando y que parecía una ardilla con su bellota.

–¿Cuándo sale tu nueva novela? –me pregunta una de las amigas. Siento el viento del noroeste. Doy un trago.

–Estamos en ello, pronto verá la luz –en realidad no hay nadie más

en ello, me siento estúpido. Doy dos tragos.

-Prueba la medusa con aguacate, te reconciliará con la humanidad
-dice otra de ellas. Doy tres tragos, no sé qué contestar.

-Tiara va a sacar pronto su nuevo poemario -continúa Xoxanna-, está esperando a que su novia Francesca acabe un curso de interpretación minimalista para que pueda actuar en la presentación, ha firmado con "puñetazo en el estómago" por tres años, es la oportunidad de su vida, la que llevaba años esperando. Se rumorea que tú también vas a firmar con alguien importante, ¿qué tal por Tailandia? ¿Llegaste el martes, no? -Digo a todo que sí y bebo, jamás he estado en Tailandia-. Me encantaría ir... ¡Por cierto! -no me gusta nada ese "por cierto", sé lo que significa en realidad- Una chica de mi clase ha escrito su primera novela y el otro día le hablé de ti y ella dijo que sabía quién eras y que le gustaban tus relatos -el terror me hace creer que tengo un esguince de perineo. Bebo-, el caso es que la pobre chica está muy perdida, no sólo en las cosas del mundillo, sino en la vida en general, y le dije que te agregara por Facebook porque me parecía muy fuerte darle tu número. Tú eres de los que contesta a la gente por los mensajes privados y eso...

Dos tragos más y ya me he fulminado la botella, pero las sílabas no se vuelven más pequeñas y Xoxanna no se calla y me persigue mientras pido otra cerveza, dejando claro que no quiere otro cóctel porque entonces se pondría muy pesada. Por fin llega el momento en que se calla y parece esperar a que yo diga algo.

-No creo que yo le pueda ayudar en nada de todo lo que me has dicho, Xoxanna -contesto.

Ella pone cara de saber que se esperaba esa respuesta y me mete lo que parece un arbusto en miniatura en la boca que está sequísimo y sabe a tierra de fresa.

-Son setas mexicanas, las ha traído Carol. Su primo ha estado en Michuacán. Mastica por lo menos cien veces antes de tragar.

-Ya me las he tragado. Mierda Xoxanna, la última vez te dije que no lo volvieses a hacer, parece que te encanta drogar a la gente sin avisar, que no puedes dejar de hacerlo por alguna puta razón.

-Entonces deberías estar toda la noche con nosotras, cariño, no te conviene estar sólo, ni tampoco con esa indie come nabos con gafas falsas. Vamos a ir a una fiesta en la parte vieja de la ciudad en la que va a estar toda esta gente del arte, ya sabes, todos estos y aquellos, el que organiza esto también, hasta gente de la puta televisión nacional, joder,

tienes que venirte.

-Vale -contesto.

Mi estómago es una aceituna con hueso a la que se le van desprendiendo pequeños filetitos de carne. Tan sólo espero que haya cerveza y que en algún momento las sílabas se vuelvan cada vez más pequeñas y que no tenga que oír más veces expresiones como "gente del artisteo" y todo eso.

El tipo que parece un durum para llevar vuelve a mezclarse entre el público y se forma de nuevo un pasillito de hombros y piernas.

Capítulo 8

EL TIPO QUE PARECE UN DURUM PARA LLEVAR.

Segunda parte.

La casa es igual que la sala en la que he estado hace unas horas: horrible. Intento ver el lado bueno de las cosas para no ponerme triste. No me conviene ponerme triste si he tenido un día turbio; puede ser peligroso. Xoxanna y sus amigas del Instagram se han diluido entre los cuellos de la gente del fondo. Hablan con un tipo que lleva bastón pero que no cojea. Estoy sentado en un tresillo cuyas orejas están hechas de gente moderna. Parecen mi séquito, o mis guardaespaldas, o gente que está cansada y no encuentra mejor sitio para sentarse que las orejas de un tresillo ocupado por un tipo que salta a la vista que no quiere estar ahí, pero que por alguna razón, hace esfuerzos por no marcharse. Siempre acabo rodeado de muchas personas que se mantienen muy cerca de mí. No lo entiendo.

Echo de menos a Marcus y a Alegoría. Ellos son más de mi mundo y podrían sacarme de este pozo haciendo de mí una persona de provecho en un ambiente como éste. Se supone que la gente como yo tiene que saber cómo moverse en ambientes de este calado y saber sacar provecho de ellos. Así como un contable sabe qué hacer con un informe y con las cosas que manejan los contables, yo debería saber qué cojones puedo hacer aquí y cómo debo comportarme para terminar la noche con la sensación de haberle interesado a un tipo que puede hacer algo por mí y por las cosas que escribo. Tengo que hacer algo... Me aliento pensando en cosas que me gustan, como los programas de viajes que narran la historia de alguien que lo dejó todo y se marchó lejos y le salió bien. Cojonudo, vamos allá, hoy puede ser una de esas noches en las que alguien que no conoces le dé un puñetazo al prologuista de un escritor famoso.

Saco el móvil del bolsillo y me hago daño en los dedos con la hebilla del cinturón. Mi estómago es como una pelota de golf volando por el aire que piensa que va a hacer un hoyo en uno. Le mando un mensaje a Alegoría con la dirección de la casa y a Marcus la ubicación directa por whatsapp, a la que añado: "UlaPalula bing bing". Con eso será suficiente. En veinte minutos estarán aquí.

La espera es eterna y se estira como la mozzarella de las pizzas que están ricas. Llevo casi una hora solo en esta puta fiesta. Desde que he mandado el mensaje a Marcus y a Alegoría han pasado diez enormes minutos como diez enormes horas. Soy como un crío esperando a los reyes magos. Alguien me habla de un chamán del Amazonas con número

de teléfono y página web y oigo algo de un ritual de ayahuasca. Una chica con tatuajes dice que ha dejado la sal y el azúcar para poder emprender bien el viaje. Me pego a la conversación, intento parecer presente y me encanta, porque es como si no estuviera. Puedo permanecer callado y escuchando o bien intervenir con un par de frases bien recibidas por el grupo y la cosa continua sin que pase lo de siempre. Siento que somos la rueda de un carruaje antiguo en sus buenos tiempos, cuando funcionaba bien y era recia.

–Creo que todos deberíamos hacer eso alguna vez, quiero decir, hacerle caso y encerrarnos en casa tres o cuatro días, bajar las persianas, meternos en la cama, coger nuestro licor o enteógeno preferido y preocuparnos tan sólo por mantener nuestras constantes vitales y saciar nuestras más primarias necesidades... –están hablando de Bukowski y no da la sensación de que quieran demostrar nada con ello.

Me mareo un poco, pero es genial porque puedo permanecer en el sitio sin necesidad de sonreír y no pasa nada. Estoy avanzando algo. Quiero otra cerveza o cualquier cosa con alcohol.

Me enciendo un cigarro y me sorprende las pocas personas que están fumando. Me encantaría estar en la cama con una lata de cerveza viendo uno de esos programas de viajes que te hace pensar que todo está más cerca y que hay gente como tú en todas partes del mundo. Me encantan esos programas, ya lo he dicho antes. Por eso me relajo pensando en ellos ahora, porque me siento muy lejos de todo y de todos. No sé... en este momento me vendría de perlas saber que un tipo de Burriana que se llama José Andrés lo dejó todo en los ochenta, se fue a Bali, montó una empresa de buceo y ahora es feliz junto a su familia interracial en una cabaña con el techo de paja. Me encantaría comer un cuenco de arroz con ellos y que me contasen la vieja historia de que todo es posible. Pero la duda difumina las paredes del salón y convierte la casa en algo eterno e infinito. La pantalla del móvil está negra y en silencio ¿Qué hago? ¿Permanezco en el círculo o me muevo? Punzada de incertidumbre. Desde hace unos minutos corren por el ambiente unos fuertes siseos de spray que se mezclan con risas. Debe de ser el óxido nitroso del que me habló esa chica.

Afortunadamente la casa tiene balcón. Caigo en la cuenta de que tengo una cerveza en la mano. El balcón es lo más cercano al exterior que puedo estar; por eso adoro las casas con balcón. El exterior está bien. De camino procuro ir mirando al suelo aunque el miedo a chocar me obliga a elevar la vista. Tengo ganas de asomarme y gritar a José Andrés de Burriana que me vaya preparando un cuenco de arroz.

Una silueta de colores manifiesta la intención de interceptarme o al menos de seguirme, y yo, sin fijarme, señalo hacia el balcón porque creo ser el autobús de esa película tan mala pero que tuvo tanto éxito en los

noventa. Llevo a Sandra Bullock y a Keanu Reeves esposados a mi esternón y lloran y se dejan caer hacia abajo y yo noto la presión sobre mi pecho. Si me detengo exploto y mando a todos al carajo.

Consigo salir sin que la bomba estalle arrasando a un par de tipos que piensan que es "lo más" sentarse en el suelo cuando hay sitios libres en los que posar tu moderno culo. Daños colaterales. Acabo de salvar la vida de dos actores mediocres y a todos los de la casa. No creo que un poco de cerveza derramada sobre el hombro de un hipster sea algo grave.

–¡José Andrés, allá voy, espérame en la jungla balinesa! –grito fabricando con mis manos un altavoz casero alrededor de mi boca para proyectar el sonido y que llegue hasta allí.

Noto una risa a mi derecha. Miro, doy un trago, doy una calada. Vuelvo a mirar al frente. Es la silueta de colores, una chica que no conozco. Creo que formaba parte del círculo tranquilo de antes, aunque lo más seguro es que no. Pero soy inestable y necesito inventarme coincidencias de este estilo para no acabar desmayado o triste o con sensación de gripe. La chica hace lo mismo que yo, estar en el balcón con una cerveza y un cigarro. Además, respeta mi silencio. Hace como que no estoy. Me gusta mucho. Me fijo en ella. No era nadie del grupo de antes, es una chica que ya estaba en el balcón y me ha visto entrar y gritar y todo eso. Ahora permanece en silencio, dando tragos y caladas, compartiendo el balcón conmigo.

–Me gustaría que éste fuese nuestro balcón –digo, de manera idiota. Ella arquea una ceja y da otro trago.

–Me tiraría por él todos los días si éste fuese mi balcón. No me gustan las escaleras, además, es un primero.

Tres mañanas ociosas de invierno y café caliente inundan mi cuerpo al escucharla. Expreso exteriormente esa sensación tosiendo dos veces y media.

Después alzo mi botellín y brindamos en silencio. Observo que Marcus dobla la esquina de la calle con la pantalla del móvil iluminando su cara mientras sigue sus pasos guiado por la ubicación que le he mandado.

–¡Ulupalula! –grito desde arriba.

–¡Ulupalula bing bing! –contesta Marcus alzando la luz de su guía.

–¡Makala dong dang, peri peri! –añade la chica, escupiendo después

tres veces exactas hacia la derecha.

–Te entiendo –contesto. Siento una extraña conexión con ella–. Yo tampoco quiero estar aquí. Quiero irme, pero creo que no voy a poder volver a pasar por el salón–. La chica arquea una ceja, se lleva el cuello de la botella a los labios como sellando un destino más y se asoma, apoyada en la fina barandilla de hierro oxidado del balcón.

–Además de ser sólo un primero hay una tubería –veo cómo su brazo comprueba la sujeción de la misma a la fachada bajo la luz de la luna—Puede servirnos de escalera o liana para escapar hacia el exterior.

Me encanta cómo suena de su boca la expresión "escapar al exterior" y me fascina que me incluya, porque sus labios, y feliz estoy por ello, han conjugado un plural en el que me veo junto a ella. No quiero que sus sílabas se vuelvan cada vez más pequeñas. Quiero que de su boca salgan más plurales que me incluyan sin parar. Quiero formar parte de su verbo para siempre. Mi estómago es como un asterisco trazado por alguien con mal pulso que vuela por todo mi torso. Ahora lo siento girar torpemente junto al pezón derecho.

Doy un giro de ciento ochenta grados y encaro el salón desde nuestra pequeña parcela al exterior. Me bebo lo que queda de cerveza de un trago muy apetitoso y la chica del balcón, como si intuyera lo que me dispongo a hacer, me tiende lo que queda de su botella. Del brillo de sus ojos emana un cántico de gorriones. Apuro su botellín sintiendo la impresión de sus labios sobre el frío vidrio y, a continuación, me dirijo a todos los asistentes desde el balcón, como las figuras importantes, pero hacia dentro.

–¡Atención, damas y caballeros del mundo del artiteo! –Siento mi propia voz aleteando por la calle desierta y chocando contra las ventanas. La mayoría de las cabezas del salón se giran, pero esta vez no miro al suelo –¡Sacad vuestros smartphones, preparad vuestras cuentas de Twitter, de Instagram y de Facebook! ¡Grabad esto en vídeo, sacad fotos, prostituid mi imagen! Tomad notas de audio y escritas, si hay algún romántico que todavía lo hace...

La chica que está conmigo en el balcón va traduciendo simultáneamente a nuestro idioma particular todo lo que voy diciendo, gritándolo para la gente de fuera, para los de la calle. "Mirori pacheneko, istria salesai mikina", acompañando los acentos con cachetes en sus piernas o mis hombros.

Abajo, en la calle, Marcus saca el móvil y escribe un mensaje a Alegoría: "Éste está solo en el balcón de una casa gritando al cielo, jajajajaj, te mando ubicación". Al de pocos segundos, Alegoría, siempre en línea, contesta: "me ha pasado antes la dirección, llego en dos

minutos, ¿¿¿¿cómooooo????"

Marcus: "Sí tío, lo que oyes, grita hacia dentro de la casa, se ve que hay luz y eso, pero el tío esta gritando sólo en el balcón como echando un discurso de los suyos, ya sabes". Alegoría: "jajajajajajaja. Te veo al fondo de la calle, estoy ya".

En el balcón, continúo dirigiéndome hacia mis pupilos...

-Acabo de llegar de Tailandia el martes y ahora me voy directamente a Bali por este balcón, junto a esta preciosidad que tengo a mi lado porque José Andrés, natural de Burriana y residente en dicha isla, nos espera con un cuenco de arroz y verduras picantes. Quiero que utilizéis mi hazaña para vuestros muros y perfiles, para vuestras webs, incluso para vuestros relatos, si es que alguno en esta sala escribe algo decente -escucho risas y veo, entre la multitud de móviles iluminados en posición horizontal que enfocan hacia nosotros, la cara de Xoxanna con expresión preocupada -Grabad esto, utilizadlo para vuestros manuscritos futuramente rechazados, ino está registrado! Ésta belleza y yo vamos a escaparnos por este balcón ahora mismo hacia Bali, viajando a través de la tubería que hay en la fachada y que se parece a sus brazos. No os rindáis nunca, la mayoría ya habéis conseguido todo lo que vais a tener en vuestras vidas, y ahora, disfrutaréis de una anécdota más que contar cuando os quedéis sin tema de conversación. Estad siempre alerta y desconfiad de la poesía cobarde. Cuidad vuestra ortografía y no dejéis de lado la sintaxis.

Le hago un gesto a la chica y mientras me giro, puedo oír el tumulto agolpándose en el ventanal que da paso al balcón. Un montón de móviles luminosos y sonrientes flotan hacia nosotros dando saltitos graciosos. El viento frío de la noche sopla en las perneras de mi pantalón cuando siento crujir mis dedos, que se aferran a la fina barandilla del balcón. Levanto una pierna, intento encajar mi bota de invierno en el hueco que hay entre la tubería y la fachada mientras oigo los vítores de ella y la voz de Xoxanna que grita algo que no comprendo. Me agarro a la tubería y me siento vivo, libre, aireado y con alguna posibilidad. La fuerza de la gravedad muerde mis nudillos y creo percibir la respuesta a muchas preguntas. La tubería vibra y emite un sonido parecido a un canario.

-Empieza a bajar, no tengas miedo, piensa en los columpios cuando eras pequeño -me dice ella

-Bali, ¡allá vamos! -grito.

A mi descenso lo acompañan los maravillosos movimientos de sus nalgas. Ella baja tras de mí con la agilidad de un marsupial, como si tuviera en cuenta mi torpeza y parara para hacer de las suyas. Cuando tan sólo me queda un pequeño salto, miro hacia arriba para despedirme

del mundo actual y aterrizar en Bali. Compruebo que el contorno de sus caderas se difumina levemente, pero lo achaco al esfuerzo y a la adrenalina que martillea mis sienes con el mismo sonido que cuando en las películas de amor malas una pareja ve por primera vez una ecografía de su futuro hijo en blanco y negro en un monitor y se abrazan y se besan mientras deciden qué nombre ponerle y todo eso. Aterrizo en suelo firme. Marcus y Alegoría me están esperando, sus móviles están en el bolsillo, su sonrisa fuera. Miles de luciérnagas en el balcón. Ella, la chica del balcón, ya no está. Alguien grita algo estándar desde arriba.

–Buen numerito, spiderman. Y eso que de pequeño no subías por la puta cuerda en clase de gimnasia –dice Marcus.

Alegoría emite una de sus ya conocidas carcajadas y por fin me siento en casa.

–Me han dicho los de la commonwealth que están en el triángulo –dice

–Vayamos, joder, vayamos a todas putas partes, esto no ha hecho más que empezar –contesto.

Siempre que Xoxanna me droga por sorpresa me olvido de que lo ha hecho y entonces pasan cosas divertidas como ésta.

Capítulo 9

ASESINO DE CRETINOS

Era un día frío, de esos que te sorprenden tras varias semanas de calor y que ponen a la gente triste o constipada; no era festivo, el mundo llevaba meses sin tener uno. También era un día gris y luminoso, de esos que te ponen dolor de cabeza y que te obligan a caminar con pinta de tener sueño o estar enfadado. Así paseaba yo, observando a la gente seguir adelante con sus vidas de mierda; unos parecían tristes, otros constipados, algunos somnolientos y la mayoría enfadados. Salí de casa porque me puse de muy mala hostia por estar esperando. No recuerdo el motivo concreto de mi enfado; tampoco el de la espera. Da igual. Esos son los momentos en los que lo peor del mundo se muestra ante tus ojos: un tuit, una foto, un titular, ese correo que no llega, ese mensaje que no leen, el descubrimiento de otro fenómeno mediático en el ámbito de los junta letras... Y algo como eso, algo muy peligroso, es lo que me obligó a salir a la calle de muy mala hostia.

Qué buenos días eran aquellos... por qué no les prestaría atención.

La semana había arrancado bastante turbia: terremotos, accidentes de aviación, programas del corazón, policías asesinos, políticos que mienten y gente que se indigna por ello, o porque se maltrata a los perros o porque algunos pasan sed o porque nadie les hace caso en Facebook... Pero nunca porque el vecino de al lado haya descubierto que su vida es una mentira. Todo ese tipo de gente caminaba por la calle siguiendo adelante con sus vidas de mierda y pareciendo tristes o constipados o con pinta de tener sueño o de estar enfadados a las seis de la tarde de un día frío, luminoso, gris y precedido de unas cuantas semanas de calor. Yo, en medio de todos ellos, rozándome con sus hombros al caminar, esquivando sus pupilas, fijándome en sus orejas, narices, cuellos, papadas y barrigas, contemplaba cómo el tiempo, escondido tras la peor de las esquinas, encorbaba sus espaldas.

Qué buenos inicios de semana eran aquellas... por qué no les prestaría atención.

Era un día sin Dios ni madre, perfecto para dedicarse al noble arte de beber sin divertirse, o bien para cerrar las persianas y rascarse el frontón hasta que te duela. De pequeños placeres está el mundo lleno.

Era una semana que había arrancado como todas las demás; sin

color, anónima, imperfecta, bostezando.

Cómo añoro todo eso ahora.

Lo peor de las historias es que se cuentan cuando ya han sucedido, lo peor de los acontecimientos es su opacidad al acontecer. Tenía el mundo en mis manos; mía era la capacidad de hacer de él un sitio mejor.

Mi errático caminar me condujo sin saberlo a una vieja imprenta, polvorienta y oscura, situada junto a una de esas plazas agrias en las que predominan mendigos y palomas lisiadas. Entré. Hacía tiempo que quería encargarme unas tarjetas de visita.

Recuerdo cómo me miró el dependiente. Sus ojos hepáticos me dijeron: "ya tiene usted una edad como para andarse con estas chorradas". Tenía razón en lo de la edad, pero erró en lo demás. Iba totalmente en serio. Yo me fijé en su vieja camisa y en los cercos de mugre de su cuello y me limité a aguantarle la mirada. *"Si se va usted a tomar un café, cuando vuelva las tendrá listas"*, me dijo, y se puso manos a la obra. Eso hice

Entré en una cafetería cercana y me senté. Desde mi mesa se veía la agría plaza frecuentada por mendigos y palomas lisiadas, por la que de vez en cuando cruzaba alguien con pinta de estar triste, o de tener dolor de cabeza o de estar resfriado o enfadado, exhibiendo al mundo con desgana la leve curva que el tiempo pone gota a gota sobre su espalda.

Cuando volví el tipo de la camisa antigua y cercos de mugre en el cuello había cumplido su palabra, mis tarjetas estaban listas. Tras ojearlas con orgullo, le pagué. "Jiménez. ASESINO DE CRETINOS", se leía sobre el pequeño pedacito de cartón de tonos sucios.

-Si me permite una pregunta, se la haré -me dijo el tipo de la imprenta cuando contaba el cambio. Yo asentí. -¿Cómo los identificará?

-No soy yo quien lo hago, sino mi jefe, todas las semanas me llega un mensaje al móvil con un nombre y una dirección. Yo me limito a cumplir con mi trabajo -contesté

El tipo de la imprenta resopló e impregnó las paredes de un olor acre. Me entregó el cambio y nos despedimos.

Qué buen día fue aquel. Qué maravillosos fueron aquellos inicios de semana. Cómo voy a echar de menos a toda esa gente caminando por la

calle encorvados, tirando hacia delante con sus vidas de mierda.

Ahora mismo, en mi casa, repaso los grises momentos que no supe aprovechar y que dejé pasar por insulsos, pensando que no eran para mí.

"Cualquier momento es el tuyo, cretino", me digo a mí mismo demasiado tarde mientras sostengo el móvil entre las manos.

Un mensaje anuncia sobre la pantalla iluminada el objetivo de la semana: Yo.

He podido ser muchas cosas a lo largo de mi vida, incluso un cretino, pero nunca he fallado en mi trabajo.

Capítulo 10

EL BOL DE CEREALES

Mi descanso se quebró en mitad de la noche con el mismo sonido que el de un rayo besando la rama de un árbol. Gris pálida luz enferma se derramaba por el suelo anunciando que la noche ya transitaba hacia el día. Recuerdo que alguien me dijo en una ocasión que son esos los minutos preferidos por las extrañas energías para manifestarse. Que puede ser ahí, si así ha de ser, cuando los sucesos sin explicación se presenten ante la razón humana.

Yo sentía cómo el motivo de mi sobresalto se diluía a la vez que caía en la cuenta de que despojado de toda voluntad y capacidad cinética, lo único que podía manejar a mi antojo era el globo ocular. Hasta aquí todo normal. Estudiosos de la psique podrían abogar rápidamente por una explicación científica que, acuñando el poético concepto de "terror nocturno", echase por la borda las ilusiones de los más acérrimos seguidores del misterio. Pero tal vez sea a partir de aquí cuando dichos académicos comiencen a tener ciertas dificultades: paseando mi recién activado humor acuoso por la habitación que me acogía por una noche, algo sólido comenzó a materializarse frente a mí.

Acompañado de un rumiar crujiente y con una naturalidad pasmosa, un bol de cereales comenzó a tomar forma suspendido en el aire quizás por unas capaces aunque todavía invisibles manos. Sus formas redondas y ornamentos aparecían livianamente como trazados por el dedo untado en pintura de un niño en la clase de manualidades. La cuchara en movimiento hacia una boca que por el momento tan sólo se podía oír, manifestó que a la aparición le quedaban aún unos instantes para culminar el proceso.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que la figura de un joven y saludable soldado pelirrojo que comía cereales con la actitud más sincera jamás vista, se presentó en la habitación. Sentado en una silla color azul pastel, revelaba la sencillez de las cosas a través del sonoro batir de sus mandíbulas. A cada cucharada, acompañada en ocasiones por ligeros asentimientos de cabeza, anunciaba el devenir de los días como si un otoño, quizá más caliente que el anterior, estuviese a la vuelta de la esquina. En realidad, si se me permite utilizar ese término, no hacía más que comer cereales de un bol a cucharadas y masticar con la mirada clavada en un punto fijo: algo tras la mesa de mi escritorio, pero por Dios vivo que de esta simple ejecución emanaba algo de índole superior. Para él es como si hubiera una ventana con vistas a un mar tranquilo; para los

demás, una pared desnuda.

Yo quería gritarle, darle las gracias, asirle por los hombros, puede que agitarle levemente, para que así se desprendiese algo que pudiera otorgar a mis actos siquiera un ápice de la naturalidad de los suyos. Pero seguía inmóvil, con los ojos cansados y doloridos debido al esfuerzo de contemplar tamaño espectáculo desde la posición en la que anclado me encontraba.

Qué destreza en el manejo del cubierto, qué dinamismo y coordinación mano-boca, imagnánima deglución rematada por el movimiento embólico de la nuez! A cada cucharada más feliz se mostraba y, una tras otra, parecían contribuir positivamente a la serenidad del universo. Cuando los crujientes copos de maíz bañados en leche iban mermando hacia un poso blanduzco y pastoso, acompañó su rebañada con un sorbo directo desde el borde del bol y, ya de pie, quedó unos segundos mirando hacia esa pared desnuda para los demás para comenzar a difuminarse con el mismo ritmo que cobró nitidez, primero él, después la cuchara y finalmente el bol.

Aquello hacía pedazos cualquier tratado de filosofía, convertía en cenizas las hazañas más grandes de la historia, reducía a jirones el descubrimiento de la penicilina...

Aquello simplemente revelaba a la humanidad, con la rotunda simpleza del que sabe lo que hace, el verdadero peso de la cosas.

Y yo sin poder hacer nada.

Capítulo 11

EL TÚNEL

Vive en un pueblecito pesquero en el que nunca pasa nada. Quizá hayas visto ese pueblo dibujado sobre lienzo y colgado en la pared de algún restaurante de mariscos en otro pueblo parecido a éste. En otoño, con las mareas vivas, el puerto se seca dejando ver sus fondos arenosos. A ella le encanta contemplar los reflejos púrpura que el aceite de los barcos deja en la superficie del agua. Le recuerdan a las camisetas que llevaba su madre cuando era pequeña. Se pone triste cuando el puerto se seca; como si por ello también lo hiciese el recuerdo de su madre. Más allá, la carretera se extiende unas decenas de metros y se acaba, como en el decorado de los belenes navideños, en un túnel sin talento.

Nunca ha visto lo que hay detrás de esa curva que gira a la izquierda y que sume en la negrura a todos los coches transportándolos al más allá. Cuando tenía siete años se sentaba con su amigo en el murito de la carretera y pasaban las horas fantaseando sobre el paradero de los osados viajeros que se atrevían a desaparecer tras esa puerta al otro mundo. Planetas verdes con anillos rosas, montes hechos de chucherías, pueblos gobernados por niños en los que siempre era domingo por la mañana... Sin saberlo, sin caer en la cuenta, se enamoraban perdidamente a cada fantasía construida más allá del túnel. Él tenía diez años y le fue imposible no crecer antes que ella. Tampoco pudo luchar por no desaparecer tras ese túnel en un coche que ignoraba, con la fuerza de un padre en paro, lo mucho que él deseaba quedarse en este lado.

Esa maldita garganta se tragó todo lo que la importaba y desde entonces, la odia a muerte. Lleva consigo una pequeña libreta en la que apunta los nombres de las personas que no le gustan y las manda hacia el túnel.

La primera página está lacerada por furiosos trazos negros formando círculos concéntricos. Todos los días dibuja unos cuantos más, aumentando así la potencia devoradora de la garganta oscura del túnel.

No sabe lo que va a hacer cuando se agote el espacio de la libreta. Utilizar otra no tendría sentido. Sólo ésta contiene el poder de mandar a los indeseables al otro lado del túnel. La comenzó a utilizar con ocho años y medio, cuando su amigo se esfumó tras trazar esa ligera curva hacia el olvido. Siete años después, sus humedecidas y repletas páginas no dan abasto.

Ahora, ella exhibe su sombría adolescencia sentada en el mismo murito sin su amigo unos metros antes del túnel. A sus espaldas el puerto seco revuelve sus entrañas.

Su madre se fue un día por la noche, abandonándola a merced de la duda. ¿Se la tragó el túnel? Una nota bajo su almohada decía: "El mundo es muy grande, no permitas que este pueblo te lo oculte". Su padre hizo como si no pasase nada. Ni un gesto, ni una charla. Aún continúa así: demasiado ocupado en cosas sin importancia. El nombre de su padre fue el primero en figurar en la libreta; el segundo, el de su amigo. Fue un día duro al que le siguió una semana gris en la que se olvidó de comer; en la que le entró una tos horrible que hacía retumbar las paredes de las casitas del pueblo mientras vagaba por las estrechas y empedradas calles de lo que por momentos, se convertía en una cárcel llena de gritos de gaviota. Ni siquiera el sonido del agua acariciando el casco de madera de los barcos pesqueros o el tintineo de los cabos golpeando del mástil de los veleros amarrados en puerto conseguía serenarla.

Ahora, ella, con unos injustos quince años, con la libreta mágica en su regazo a tan sólo un nombre de estar repleta, deja que el frío viento noroeste penetre en sus oídos mientras observa cómo los coches agravan su ronquido al entrar en el túnel.

Los va contando mentalmente. El número sesenta y cuatro siempre ha tenido una especial significación para ella. Justo en el treinta y dos le ha surgido una duda que ha decidido solventar de esta forma: dos motos son un coche, los camiones y autobuses no cuentan.

El coche número sesenta y tres es una furgoneta blanca ocupada por una pareja joven que, tras pasar el túnel, hace un comentario sobre ella referente a la leyenda urbana de la chica de la curva. El sesenta y cuatro es una insulsa berlina gris con matrícula holandesa.

Ha llegado el momento.

Abre la libreta y, en el único hueco que queda libre, en la última página, en la esquina inferior derecha, escribe el último nombre, el suyo: Alma.

Tira la libreta al puerto seco y camina lentamente hacia el túnel.

Capítulo 12

UN MUNDO ABURRIDO.

No se puede creer que haya pasado otro día más... *"Es imposible, la vida no puede ser tan lamentable"*, piensa. Su rutina semanal se parece a una matrioska decorada lo más insulsamente posible, de esas a las que no le das salida ni en una tienda de suvenires en pleno centro de Praga un sábado de primavera. Comienza el lunes sabiendo que ése es y será por siempre su tamaño máximo, que su interior alberga un limitado y menguante número de copias que van perdiendo calidad y que nadie, ni el cliente con menos criterio, va a mirarle siquiera. "No es resignación, no", diría, "es aprendizaje"

Su trabajo es tan trepidante como un cupón descuento en menaje del hogar con caducidad de dos semanas. Cuestiones de oficina, no hay que concretar más. Tal vez, por difuminar algo el gris, decir que los miércoles huele demasiado a pies en los pasillos y que su compañera de cubículo no es capaz de iniciar una charla telefónica sin toser antes dos veces exactas y siempre con el mismo sonido, como chatarra cayendo al suelo desde una altura media.

Ayer estuvo media hora como en otro mundo, pensando en las posibilidades que podría tener con ella, con la mujer de la tos pre-charla telefónica. Es algo mayor, tendrá cinco o seis años más, y sólo tose antes de hablar por teléfono, no antes de hablar en general. Lo puede llegar a soportar. Nunca antes se había fijado en ella de esa forma, pero se acercó y le dijo: "voy a por un café, ¿quieres uno?".

Estaba claro, ella misma se lo había buscado, nadie dice "quieres uno" de esa forma si no quiere algo más.

"Si me dejaras morderte ligeramente la barbilla..." piensa, *"si me dejaras... te gustaría, caerías rendida a mis pies y no dejarías que nadie más lo hiciera"*.

Desde ayer, pasa las horas definiendo el tono crema-casi-color-carne de sus bragas. Desde ayer, no piensa en esa jovencita a la que ve todos los días en el andén contrario del metro con su bolsa de deporte, con esa desganada y medio rota cremallera de la que imagina manar el delicioso olor agrio de su propio esfuerzo; ya no siente la necesidad de hacerse una sopa con su sujetador deportivo, no; ahora los tobillos de esa acalorada chiquilla de brillantes mejillas no truenan en su cabeza, no necesita aferrarlos con fuerza desde las vías cuando ésta fuese a subirse al vagón, no; ahora todo lo que necesita es morder ligeramente la barbilla de esa

mujer que le saca algo más de una década, y todo por la forma en la que le ha ofrecido un café. Ya no dispara a la gente por la noche con su escopeta de aire comprimido desde el ventanuco del desván. También ha reducido considerablemente las horas que dedica a ver porno lésbico mientras chupa los polos de una pila de petaca, llora menos en la ducha y ha dejado de gustarle la cebolla cruda.

Hoy es su cumpleaños y ha tenido que cerciorarse mirando su carnet de identidad.

“Si me ofreces un café hoy no tendré más remedio que jurarte amor eterno mordéndote ligeramente la barbilla delante de toda la oficina. No más jovencitas deportistas, no más disparos nocturnos por la espalda, no más... sólo tú y yo... y tu barbilla... Nos inflaremos de helado con nuestros pijamas sucios, beberemos té los martes, te enseñaré el museo del lápiz y en la sala principal, debajo de la enorme barra de grafito, te pediré matrimonio y nos importará un bledo lo que piensen los demás, porque tú, un día antes de mi trigésimo segundo cumpleaños, me ofreciste un café de esa forma y yo capté tu mensaje. Y la gente de la oficina no tendrá más remedio que aceptar nuestro amor y los que no lo hagan, pasarán el resto de sus días junto a pezuñas, mi perro, en el arcón congelador del sótano de mi casa. Creo que tus bragas de hoy son del mismo tono que el café con leche de hace dos días, sí, ¿no te lo he dicho aún? Me he comprado unas iguales y las llevo ahora mismo puestas, ¿te gustaría verlas? Imagino que te las quito para ponérmelas sobre las mías... no, para vendarte los ojos y graparte un folio a tu blanco muslo y...”

Dos toses cortas de duración exacta que suenan igual que chatarra cayendo desde una altura media interrumpen sus divagaciones. Un hombre calvo con el abrigo lleno de gotas de lluvia se dirige con la lentitud de una tarde noviembre hacia su mesa. Escasos metros antes, es interceptado por un señor que parece lavado todo él a la piedra y que lleva unos folios amarillentos en su mano y los agita y parecen llamar la atención del hombre calvo con el abrigo lleno de gotas de lluvia.

Mira el calendario que se aburre sobre su mesa. Diez de noviembre. Vuelve a sacar su carnet de identidad de la cartera. Pone claramente: Yolanda *****. Fecha de nacimiento 10/11/1981. Un teléfono cae con energía sobre su base, una silla se arrastra por el suelo.

—Yolanda, voy a por un café a la máquina, ¿quieres uno? —dice su compañera de cubículo.

Capítulo 13

UN MARTES, SOBRE LAS ONCE.

Si hay algo que le jode aún más que ir a la consulta de su psicólogo es notar que sus carnes lo piden a gritos... Eso es una concesión muy dolorosa. Las tablillas de la faldita de su uniforme escolar patean el aire con furia escocesa. Las pecas de sus mejillas se humedecen por la urgencia. Es martes, sobre las once. El suelo de la ciudad está lleno de bolitas blancas de polen que juegan a ser nieve que provoca estornudos. El viento tibio las arremolina... Ella odia de veras esas putas bolitas que le hacen parecer más sofocada aún de lo que está. *"Si no me atiendes ahora mismo me mato en mitad de clase de historia y dejaré una nota diciendo que tú eres el responsable"*, le había dicho a su psicólogo por teléfono minutos antes de que el timbre rajara el suelo y acabase el tormento del recreo. El viejo, con esa jerga distante y condescendiente que le provoca instintos homicidas, le dio largas *"Tú lo has querido, maldito manipulador, si no estás conmigo, estás contra mí"*, pensó al instante de colgar. Luego tuvo una de sus ausencias y... lo siguiente que ha sentido es la ligereza de sus propios pasos fuera del colegio hacia no sabe dónde. Lo último que recuerda es la llamada. Nada más cobrar consciencia ya estaba en movimiento, por lo que ha dirigido el temblor de sus muslos casi en carrera hacia la consulta de ese viejo decrepito, a contracorriente de las sirenas de ambulancias, de coches de bomberos y varias patrullas de policía.

Un estornudo provocado por esas putas bolitas blancas hace que se cuele en su cabeza Moonshadow, de Cat Stevens. *"Daría una buena zurra a ese maldito converso si lo tuviese enfrente"*, piensa. Y no se lo pensaría ni un ápice. Daría unos buenos puñetazos a cualquiera que se cruzase ahora mismo en su camino. Su nuca, bermeja y húmeda, escupe una coleta descuidada que pendula al compás de sus zancadas.

Todo empieza de nuevo, siempre igual, después de cada ausencia una incontrolable excitación sexual se adueña de su voluntad, bloqueándola. Más sirenas, lejanas esta vez. El frenesí va a reventar su pecho; una turbina se acciona en sus entrañas.

No sabe cómo controlarlo, por lo que echa a correr y corre, corre, corre... sintiendo el soplo frío del viento secar la humedad bajo su falda. Corre, corre, corre... con la mirada perdida en un entorno vibrante; el sabor de la gasolina asciende por su garganta, rebosa por su nariz y de pronto revive el majestuoso calor pillando por sorpresa sus córneas. Hay algo en el acto en sí de la combustión que la supera ¡De eso quería hablar con ese viejo hijo de puta! Ahora se acuerda. Pero no le hizo caso, se

atrevió a ignorarla... *"¡Maldito perverso! Seguro que mientras callas imaginas como es mi coño... ¡Tú y nadie más que tú tiene la culpa de todo lo que está pasando! Sobre ti caerán las vidas de..."*

Bocinazo, chirrido de neumáticos, impacto y piezas que caen al suelo. Está en medio de un paso de cebra con las palmas de sus manos sobre el capó de un coche. El conductor, hombre de mediana edad, con el pecho pegado al volante, contempla atónito a la adolescente que ha estado a punto de atropellar. Las cejas comprimen su arrugada frente en un intento por asimilar la situación.

—¡Maldito hijo de perra! —grita la escolar incorporándose y alisándose la falda— ¡Querías matarme!

El conductor, asustado, sin poder hacer más que extender sus nervudas manos en diez larguiruchas muestras de preocupación, observa como el muslo derecho de la chiquilla se alarga en una magnífica patada de karate hacia el retrovisor que, noqueado, cae al suelo como el cuello de un monarca francés relleno de cables, acompañando su ejecución con el agudo lamento de una tardía alarma.

Justo detrás, dos coches han colisionado a causa del brusco frenazo y, debido al ajetreo y los ruidos que han sobresaltado la tranquila mañana de un martes sobre las once, varias personas miran dirección a la joven cinturón negro que señala al interior del coche gritando:

—¡La acabas de joder! ¡Abre el puto coche! —Ante la estupefacción del conductor, mete la mano por la ventanilla abierta del copiloto y salta dentro —¡Vámonos!

No hay reacción. Derechazo al pómulo. Acelerón errático y movimiento. Ella siente resbalarse sobre el asiento de cuero de aquella berlina de lujo. Empaña el parabrisas con su propia excitación al ver la sangre manar por el rostro del ejecutivo que conduce con la misma expresión del que acaba de sufrir un secuestro exprés en las calles de Medellín... pero es una colegiala lo que lleva a su lado.

—Hoy es tu puto día de suerte, viejo verde —dice alargando su mano hacia la entrepierna del tipo, buscando la cremallera— ¿No me digas que nunca lo habías soñado, eh? Tú pisa el acelerador que yo cambio las marchas...

Mientras se inclina por debajo del volante, la radio, que en ningún momento había dejado de sonar, anuncia con voz cotidiana: "...incendio en el instituto Jacinto Benavente, hasta el momento se desconocen las causas, pero todo apunta a que ha sido provocado, varias unidades de los

bomberos se dirigen ya hacia allí y parece que de momento, repetimos, de momento, no hay que lamentar bajas personales...”

Capítulo 14

SILVIA, LA ANTÍLOPE.

Es una absoluta pérdida de tiempo explicaros quién soy... ¡sería algo tan absurdo! Lo importante es con quiénes voy y de lo que me entero... Si me miro al espejo no veo una jeta que invite a la conversación, no sé si me entendéis. Aun así... ¡Las cosas que me larga la gente! Los muy hijos de puta... No soy terapeuta, no, suficiente tengo conmigo mismo. Tan sólo soy un borracho entrañable y relativamente influyente. No te diré más porque no te lo mereces, punto.

Sigamos... acabo de cerrar un acuerdo de millones en ventas, pero eso no es tan importante como la gente que he conocido en la fiesta posterior a la firma del contrato y ni mucho menos está a la altura de los brazos de la camarera que me está tirando la caña más dorada y fría que he visto en toda la puta noche. Como he dicho antes, sólo importa de mí que soy un borracho entrañable y relativamente influyente. Mi socio se está limpiando la sangre que mana espesa de su poblada ceja con una servilleta usada y de esas que no limpian. La pata de aluminio de la silla de la terraza ha impactado contra su cara de italoamericano generando arte y sexo de la nada. Todo por entrar cuando ya tenía la caja cuadrada. Pienso en Martin Scorsesse y en lo mucho que tiene que escocerle la grasa y el tacto de la servilleta sobre la herida que acaba de abrirle la camarera que ahora nos sirve las cañas. Nata y oro. ¡Joder qué brazos! Silvia es como un antílope, todo en ella recuerda a destreza. Jamás imaginas por dónde va a salir. Por eso somos asiduos a su bar.

También nos gusta llevar abrigo largo azul oscuro y botones dorados con menos de quince grados centígrados. Ah, y no somos de paraguas. Pero eso es otra cosa.

Le digo a mi socio para salir a fumar, y cuando estamos hablando del abrumador incremento de infiltrados del CNI entre los empleados domésticos, aparece tras un contenedor de los de vidrio un tipejo de cuento de Horatio Alger al que conocemos por servir los mejores cócteles de la ciudad. De mí creo que ya he dicho que me encanta la priva, pero es que a mi socio, os lo juro, se le ponen los ojos bizcos del gusto.

El personaje, el recién aparecido, contemplativo, nos dedica un saludo, extrañado tal vez de que no haya una barra de madera entre nosotros. Lleva un smoking con chistera al que sólo le falta bastón y una ligera nevada neoyorquina en navidad cayéndole sobre los hombros. Viene

de una cata güisqui y, todo hay que decir, ha escupido poco.

—Muchachos, estoy consternado —el tipo se cree una especie de británico excéntrico y a veces me dan ganas de sacudirle un revés, pero el cabrón nos regala unas anécdotas cojonudas—. Hoy he sido poseído por una fuerza maligna... —Su bigotillo tiembla como acercándose a una humeante taza de té— Todas las personas que pasaban ante mis ojos eran la versión de otra persona que conocía...

—¿La versión? ¿Como en las canciones, dices? —pregunta mi socio lanzando al suelo la servilleta manchada de sangre y aceite de atún

—Sí, más o menos... en el tétrico desfile han participado la versión yonqui de Mabel, ¿la conocéis, no? La señora que vende cupones frente a mi bar...

—¡Hostias! —Se me escapa, al intentar imaginarme tal cruce.

—La versión taxista de Filipo (embajador de Macallan). La versión obrera de Sixto (reconocido poeta autóctono). La versión adolescente de Hortensia (señora de la limpieza). La versión señora de la limpieza de Tammy (universitaria Erasmus canadiense famosísima por sus borracheras en el bar y amante esporádica de Sixto). La versión hetero de Braulio (escultor gay adicto al té y enamorado de Filipo). La versión agente de seguros de Ricardo (Fotógrafo Vintage que acosa con su obturador a todos los demás personajes)...

—¿Estaba la versión lesbiana de Silvia? —inquieta mi socio, lascivo— me la estoy imaginando... qué interesante...

Una lima limón sale volando del ventanuco que conecta el bar con el exterior cortando el gélido viento con una trayectoria perfectamente horizontal y verdosa, impactando contra un coche aparcado; salta la alarma. Silvia, escondida entre botellas, mira de reojo con las orejas en punta y una pierna suspendida en el aire.

—No, no, veréis, muchachos —el tipo tiene quince años menos que nosotros y nos llama muchachos, con acento británico, natural de Oña— Lo que me ha consternado ha sido encontrarme con... con la versión femenina y cuarentona de mí mismo—. Silencio. Silvia, con dos ágiles brincos, se asoma por el ventanuco.

—¿Y...?

—Me la he tirado allí mismo, en el almacén, entre cajas polvorientas de Sprite caducadas. Entendedlo, era yo, sabía todo lo que la gustaba, todo lo que la ponía cachonda... ha sido... ha sido tan fácil, tan... raro. No

he podido acabar, he salido corriendo...

—¿Por qué? —pregunta Silvia, como subida en una acacia y observándonos como si fuésemos hipopótamos.

—Cuarenta años de resignación han abrumado mi cabeza nada más penetrarla. Lo he conocido todo sobre mi yo del futuro, todo... y ha sido triste. Ahora lo único que quiero es caminar solo, perderme en la noche, no estaría mal que nevara...

—Te quedaría bien, sí —contesto

—¿Quieres una copa? —propone mi socio

—No, gracias muchacho, no más alcohol para mí, no más sexo, no más vicio... Lo he visto en los ojos de la versión femenina y cuarentona de mí mismo. Lo he visto mientras me penetraba con mi propia polla... cuarenta años de pura y triste verdad se han hecho hueco en mi cabeza de golpe, en tan sólo unos instantes...

El tipo ya se está yendo, parece que sigue susurrando algo para la persiana cerrada de su derecha y es ahora, no antes, cuando viene lo bueno...

Silvia sale afuera con nosotros, hace frío y se le eriza la piel del escote, trae consigo una botella de tequila y tres vasos de chupito. Realiza una serie de movimientos zoomorfos que sólo ella entiende, quizá, para habituarse al nuevo entorno. El acelerón de una moto dos calles más allá tensa su cuello y hace aletear sus orejas, como si quisiera espantar moscas.

Sirve una ronda, bebemos. No dice nada, pero quiere contarnos algo. Sigue atisbando cosas que se nos escapan. Sirve otra, bebemos. Parece que nos lo va a contar pero sólo es parte de su propio ritual. Mi socio enciende un cigarro. Silvia es una mujer increíble, musa de nuestro sexo en soledad, imaginada cien mil veces, rompecorazones, devora hombres... De las que se presupone siempre emparejada con algún que otro imbécil. Sus muslos... dignos de ser emplatados con las más caras y exóticas especias...

Silvia, la antílope, La Mujer, ha cruzado la barra y está ahora con nosotros, por vez primera.

Sirve otra ronda.

—Estoy muy sola —dice.

Bebemos.

Y de pronto, la calle parece vaciada a su antojo.

Capítulo 15

FRUTOS SALAMANCA

El chorro de orina que sale despedido de la punta de mi pene me recuerda a la espina dorsal de una sepia. Ovalado, plano, transparente, afilado. Es uno de los pocos placeres que me quedan: mear cuando tengo muchas ganas. Unas cuantas sacudidas y...

Hola, soy Frutos Salamanca y ésta es la historia de mi vida: todas las mujeres que se interesaron por mí dejaron de hacerlo en algún momento. Poco más hay que contar.

Soy agente privado de seguridad. A mis cuarenta y tres años he sufrido un infarto, tres impactos de bala, seis navajazos y numerosas hostias en mi apelmazado cuerpo. Soy como esos sacos de arena que se mecen al son del furioso sudor de los límites de la sociedad. También me han atropellado intencionadamente en un par de ocasiones y mordido perros e infinidad de criaturas salvajes. Tengo un gato y un hijo al que no veo hace años. Perdí la virginidad a los doce y jamás he probado una gota de alcohol. Creo que "El Idiota", de Dostoyevski, es la mejor obra jamás escrita. Nací en Mexicali, Baja California, estado de México cuyo lema es: "trabajo y justicia social". Me entra la risa cuando finalizo mi jornada.

Trabajo en la mansión del anciano más temido por Norteamérica, ubicada en esos no lugares que colindan con Estados Unidos. La vida en lugares fronterizos es indecisa. Pero si tienes dinero y poder, tan sólo tienes que sentarte a esperar, porque lo demás vendrá solo. ¿Algo así dijo Tony Montana en Scarface, no? El cine me parece ingenuo, cándido a un nivel infantil. Prefiero la literatura y la música clásica. En la poesía rara vez encuentro algo más que vanidad.

Mi jefe tiene ochentaiséis años, nueve hijos, veinticuatro nietos y una incontable fortuna amasada tras toda una vida dedicada al crimen.

Su difunta esposa Carmen fue una mujer increíble. Entregada, familiar, férrea y llena de amor implacable hacia los suyos. La única dama que no tiró la toalla conmigo. Cada vez que recuerdo la forma en que me miraba cuando bebíamos café en el jardín veo a una madre. De no ser por ella, para mi jefe hubiera sido uno más. Puros pedazos de carne. "*Si quieres lealtad para toda una vida, no te deshagas de Frutos, lo vi en sus ojos cuando peleaba aquella vez, no necesita un motivo, tan sólo un lugar donde sentirse protegido*", dijo Carmen a su marido cuando asistieron a uno de mis combates ilegales. Desde entonces fui uno más de la familia.

De eso hace ya veinticinco años.

Hoy es festivo, un día sagrado para mi jefe. Es El Día de los Muertos. Toda la familia al completo —más de un centenar entre hijos, nietos, hermanos, tíos, primos y allegados— se dispersa por las inmediaciones de la finca. Los niños juegan y corretean por las inmediaciones de la piscina mientras sus madres beben vino y les vigilan con medio ojo achispado. Los hombres fuman puros y beben tequila mirando hacia un lugar que parece tan importante como lejano. Los jovencitos se escabullen por el laberinto de rosales para intentar meter mano a alguna prima. La luz del atardecer parece tener un plan sobre el humo de las parrillas. José Alfredo Jiménez entona “Camino de Guanajuato”. No vale nada la vida, la vida no vale nada, comienza siempre llorando y así, llorando se acaba... La última operación de mi jefe se saldó con más muertes que las vidas que hoy llenan esta casa. Los periódicos aún hacen eco del suceso.

—Frutos —mi jefe me reclama.

—Dígame, señor.

Un ejemplar de “La voz de la frontera” se despliega sobre sus ancianas rodillas, como si fuese uno de sus nietos que escucha atento sus legendarias historias. Un titular que se dobla hacia el suelo habla de ciento veintiún muertos en una lucha entre el Cartel y... no se alcanza a ver más desde la posición en la que estoy.

—¿Cuánto tiempo llevas en esta familia? —me pregunta tras su cuidado bigote, y su hablar dibuja en el aire la erre del respeto.

—Veinticinco años, señor.

—Y dime, tú que eres un hombre culto, ¿qué piensas que dirán de nosotros los historiadores del futuro? —Puedo ver algo duro y espeso aferrado al alma de mi jefe. Algo de reflexión, quizás, en el final de sus días. Echo mano de mi bagaje cultural buscando una respuesta, y al de poco, doy con la idónea. Creo que el “nosotros” tiene un aspecto generalista, referente a la especie humana, pero veinticinco años son muchos, y creo conocerle.

—Una sencilla frase servirá para definir al hombre moderno: fornicaba y leía periódicos —contesto.

Reímos los dos y me siento bien. Un criado viene con una bandeja llena de Pan de Muertos, se detiene ante nosotros y cogemos uno cada uno.

Capítulo 16

EL DÍA EN EL QUE LA CIUDAD NO DESPERTÓ

Es jueves, trece de noviembre del 2014 a las siete y doce minutos de la mañana; la noche aún puede sobre el día. Los semáforos, ciegos a la vacuidad de las calles, organizan un tráfico invisible. Frías ráfagas de viento se saltan los ceda el paso. Una paloma, recogida y abultada en un alféizar, es testigo mudo del violento silencio que se arremolina en las esquinas. Tras el ave se erige un ventanal y a través del grueso cristal se percibe el ronco aviso de un despertador que hoy no será silenciado. Porque esta mañana, sin la censura del durmiente, todas las alarmas proclaman al mundo lo que valen en una alharaca de timbres y pitos que sacude la quietud de las habitaciones. Hoy no habrá jefe al que acudir con una acalorada disculpa, ni buses, ni trenes, ni aviones que perder, porque hoy, es el día en el que la ciudad no va a despertar. Pronto las farolas se apagarán en un parpadeo imperceptible para nadie. Las bocas no bostezarán, los brazos no se estirarán, los amantes que aún queden no se abrazarán para ser conscientes de sus cuerpos durante dos minutitos más. No olerá a café, ni habrá noticias.

Hoy, el día en el que la ciudad no va a despertar, un pesado soplido nasal se ha adueñado de la atmósfera. Los que a menudo firman con rúbrica oscura el aciago destino de los demás permanecerán inmóviles, con el mismo gesto que en ellos veían sus madres antes de que éstos las decepcionasen. Los carroñeros no podrán alzar el vuelo para divisar su festín y relamerse desde las alturas. Los que reptan no encontrarán más suelo que aquel sobre el que horas antes se tendieron para dormir. Hoy, el día en el que la ciudad no va a despertar, los bienhechores se toman un merecido descanso.

Los que aún no se han acostado... pronto lo harán.

La fecha de hoy no quedará grabada en ningún sitio, no pasará a los anales de la historia porque tan sólo es un jueves, trece de noviembre del 2014. ¿Acaso importa? La vida, aunque dormida, continúa.

Nadie se fija en la niña que surca el asfalto con su bicicleta rosa y que pedalea con fuerza por el medio de la carretera, sin temor, sin prejuicios... Mei Ling quiere sacar partido de su vigilia haciendo todo lo que un jueves a esa hora no puede hacer. Su nombre significa "precioso destello de piedras de Jade". Tiene doce años y es la única persona despierta en la ciudad. Puede hacer lo que quiera y nadie caerá en la cuenta. Lo que más desea en este mundo es pedalear hasta la pared, hasta la última, hasta aquella que ve continuamente allá en el fondo, color

azul cielo. Pedalear, pedalear sola hasta el infinito, hasta la línea, hasta romper ese muro o reventarse contra él.

El ruido de la cadena es ensordecedor. Su respiración parece manar de las mismas nubes. Hace ya varios minutos que logra vencer a la extenuación a través de una suerte de meditación que le extrae de su propio cuerpo, porque el objetivo es más importante que lo físico, que lo terrenal: tiene que llegar hasta el muro, hasta el final del mundo conocido, como el protagonista de la película que vio con su madre aquella tarde en la que fue tan feliz.

Mei Ling pedalea, pedalea y su visión se torna borrosa, sus brazos flaquean y de pronto es como si olvidara que está montando su bicicleta rosa. El manillar comienza a zigzaguear y se desploma sobre la calzada cual pluma desprendida de un ave migratoria. No siente dolor y tras la caída permanece un buen rato boca arriba, con los brazos extendidos, respirando hondamente mientras intenta descifrar la forma de las nubes más espesas. No hay tiempo, no hay adultos que lo midan. No hay responsabilidades, todos duermen. No hay dolor, puesto que no hay madre asustada.

Mei Ling siente unas lametadas en la mejilla. Es un perro que vaga por las calles, parduzco, despeinado y curioso, que la mira con su cabecita inclinada y unas orejas en punta que parecen poner en evidencia la estupidez humana.

Mei ríe y parece que el chucho corresponde a su alegría meneando el rabo.

—Sí, ya lo sé, ya... ja, ja, ja —Las cosquillas de su lengüita le recuerdan a Navidad— ¿Tú también quieres verlo, a que sí? Ja, ja, ja

Mei se levanta y el perrito ladra, corretea a su alrededor, divertido, y parece indicarle una dirección, un rumbo que espera hacer en su compañía. La niña lo entiende al instante. Le regala una carantoña y ambos emprenden a pie el camino, dejando la bici rosa estrellada en mitad de la calzada.

Juntos se dirigen hacia el muro azul clarito, convencidos de que sólo hoy, jueves trece de noviembre de 2014, día en el que la ciudad no se despertó, estará allá al fondo, esperándoles.

Capítulo 17

LOS REMEDIOS DE GERMÁN Y EL SAXOFONISTA NEGRO.

El reloj digital de una farmacia mide la mañana sobre una abarrotada calle del centro de la ciudad. Da igual la hora o el nombre de la urbe. Lo que importa es que es sábado y como tal, Germán sonríe tras la mesita de su puesto en la esquina de siempre. Frente a él, un saxofonista negro es capaz de explicar casi todo a través de sus soplidos. Y es que en este tramo, conjugado por dos esquinas enfrentadas en las que un angosto cantón se abre a una vía más amplia, la lógica pierde su poder. ¿Es el cantón el que se abre o la amplia vía la que se estrecha? Bienvenida o despedida, Germán y el músico actúan como canal de un secreto disfrutado por muy pocos. ¿Acaso no son brillantes las cosas que escapan a la sobria razón? Pequeñas piedras preciosas tan sólo encontradas por los más expertos gemólogos... Aquellos que piensan que escarbando la tierra con sus ingenuos deditos van a encontrarlas... itan sólo pierden el tiempo! Y es que este secreto, el que encierra los remedios de Germán y la música del saxofonista negro que consigue explicar casi todo con sus soplidos, se torna invisible para los mundanos y al mismo tiempo tiernamente ocultado por los más atentos, porque la recompensa a la discreción, poder disfrutar de sus propiedades, es tan alta como el placer de llegar a comprenderlos. Pero disfrutar de esto en soledad es casi tan duro como no comprenderlo. Por eso escribo esto. Jamás redacté algo más extenso que la lista de la compra. Vivo solo. No trato de difundir el secreto puesto que para ello debería saber explicarlo.

Hace quince años que Germán abandonó su carrera de escultor. Lo hizo porque se dio cuenta de que lo que mejor se le daba era crear cosas con las manos. Confiaba tanto en su tacto que consideraba un derroche seguir hacia delante.

La certeza lo arrojó delante de las cámaras de una importante cadena internacional cuando estaba desarrollando por enésima vez el mismo discurso endogámico de su propio arte. Nada más comenzar la entrevista, ante la primera pregunta de la periodista, calco de todas las demás, un apabullante silencio se adueñó de su boca.

Tan sólo parlaba su cabeza y en petit comité: *"Si tienes que dar explicaciones es porque algo no funciona, no debería ser necesario siquiera hablar de ello. La vida tiene que ser algo más que repetición"*. La entrevista, aún así, fue publicada y difundida como "El Silencio del Artista" y tuvo una gran acogida entre los círculos más cultos de la ciudad; presentada como "una excelente performance digna de una época liderada por la charlatanería". Ahora Germán vende bolitas de arcilla artesanas

pintadas de colores agradables. Decir que son hechas a mano sería un tanto impreciso. Afirmar que esos son sus remedios, una vulgaridad mundana. Cuando la arcilla está fresca corta pedazos de irregular tamaño y, tras darles forma esférica con la mano, se las introduce en el ano y las cuece durante seis horas y veintidós minutos. Luego de defecarlas, las lava, las pinta del color que el mismo acto de empujar le ha sugerido y las barniza. El precio oscila entre seis y diez euros. El misterio oscila entre las propias bolas y el abrazo que te regala al comprarlas.

El saxofonista negro descubrió a sus cincuenta y ocho años que había nacido para soplar en esa esquina y frente a Germán. Esto fue hace seis meses. Algo al pasar junto a él le hizo saberlo. Jamás había tocado ningún instrumento, nada sabe de solfeo, tan sólo puede soplar de esa forma que lo explica casi todo en esa esquina, frente a Germán. Creedle, si algún día os lo encontráis, esa historia que cuenta de aquella prueba que le hicieron los del conservatorio. En este caso, el hallazgo salta ante tus ojos cuando caes en la cuenta de que no sabe tocar el saxofón mientras la dulzura de sus soplidos vuelve el aire transparente.

La gente consume, discute y se aburre a su alrededor, muy pocos captan el mensaje que los tres, German, el saxofonista y esa esquina, tratan de dar al mundo. Yo soy uno de ellos y lo siento, pero soy incapaz de explicarlo. Trabajo en una tienda de teléfonos móviles y sé de primera mano las ganas que tiene la gente de aislarse comprando algo que creen que les va a comunicar con el mundo. El escaparate de la tienda encuadra, como si lo hiciese intencionadamente, a ellos dos y a esa puerta por la que muy pocos cruzan sintiendo la potencia de su umbral.

Anhelo el día en que me tope con alguien que haya comprendido lo que yo. Sé que tiene que haberlos. Desde entonces, analizo la mirada de mis clientes, de la gente que pasea por la calle, a la espera de percibir esa chispita en el iris que yo mismo noté sin la necesidad de mirarme en ningún espejo cuando pasé, como todos los días, por esa esquina y sentí que ya nada iba a ser como antes.

Busquen esta esquina, por favor, y cuando la encuentren, pasen por ella unas cuantas veces, compren una bola a Germán, denle un abrazo y escuchen los soplidos del saxofonista. Háganlo tantas veces quieran, y si notáis esa chispa, entrad a mi tienda y no me compréis nada, tan sólo miradme a los ojos, que yo ya comprenderé.

Capítulo 18

NAIA.

Tiene siete años y su momento preferido del día sucede ahora mismo: el paseo en bicicleta que da con su padre en el asiento supletorio trasero, camino de la tienda. El otoño en la costa aún muestra su cara más dulce; los autóctonos lo llaman "verano sin turistas". El mar ronronea satisfecho de acoger a sus vecinos en la orilla sin banderas. Naia se siente especial, abrazada a la espalda de su padre, disfrutando de todo lo que hace más presente el cálido contacto: los baches, los giros de cuello, los saludos levantando una mano del manillar... Le encanta sentir la vibración que sobre sus carrillos se transfiere a cada "Aúpa" o "Buenos días". Suele aprovechar para adivinar a quién puede estar saludando mientras intenta no quedarse dormida de puro gusto. Con los ojos cerrados, trata de adivinar el mundo a través de los otros cuatro sentidos: el recorrido, el clima, el estado de la mar, la velocidad a la que van... se lo toma como una especie de entrenamiento.

Una frase que ha oído repetir últimamente a su madre la tiene un tanto confusa: "ojo por ojo y nos quedaremos todos ciegos". ¿Perder la visión, con todas las cosas maravillosas que hay para contemplar? Naia se siente muy afortunada. En el pueblo todas las niñas de su edad están ahora encerradas y aburridas sobre sus pupitres; mientras que ella siente las partículas de salitre danzando en el aire y colándose por su naricilla. Mareas vivas. Carlos y Josefa. Tuercen a la derecha. La panadería y la persiana del estanco. La cuesta del paseo. El perro de Pili y el autobús de la carretera general. Diez y treinta y dos, más o menos. Abre los ojos en el semáforo en rojo. El reloj de la farmacia dice que son menos veinticinco. *"Está tres minutos adelantado, he vuelto a acertar"*, se regocija, apretando su abrazo al estilo bebé koala.

Puede que sea mayor para estos asientos, pero sólo en edad, porque su tamaño aún se lo permite y ningún adulto tiene derecho a decidir hasta qué años se puede disfrutar de según qué cosa. ¡Cómo les gusta hacer eso a los mayores!

La tienda, color morado, les espera en la esquina de enfrente, al otro lado de la carretera. Mamá ya ha abierto la verja. Sale y entorna los ojos hacia la claridad del horizonte, recolocándose la cinta naranja y lila que empuja su abultado peinado hacia atrás. Papá suele decir que le recuerda a una piña, entonces mamá ríe y le hace una carantoña. Hace unas cuantas semanas que no lo hacen, por lo menos desde septiembre, y Naia

lo nota, pero no lo entiende.

Es una niña muy lista, llegó a la edad de matricularse en preescolar sabiendo leer, escribir, sumar y restar, amén de poseer muchísimo más mundo que cualquiera de sus compañeros. Nació en Perú, tiene vagos recuerdos de haber residido un tiempo en Ecuador, hasta los cuatro años y medio vivió en Chile —de donde es originaria su madre— y ahora se ha instalado con sus padres en un pueblecito costero del País Vasco. Parece que han encontrado su lugar. Su padre es de la zona, aunque de muy joven marchó a Sudamérica, donde conoció a mamá.

Estas circunstancias han permitido que Naia, a su corta edad, disfrute de su primer año sabático. Los profesores de la escuela le hicieron un examen previo y decidieron que entrara en segundo curso, para lo cual era conveniente, por cuestiones de homogeneidad, esperar unos cuantos meses. Fue curioso para ellos toparse con una niña que ni lloraba, ni sabía de ningún dibujo animado, ni entendía de videoconsolas, pero que conocía a Vargas Llosa, Borges o García Márquez. "*También sé cultivar la tierra*", dijo orgullosa ante un atónito jefe de estudios.

Naia abraza a mamá y entra en la tienda. Sin pensarlo siquiera su mano acaricia los pañuelos de seda, sus ojos responden al brillo de los abalorios y su olfato se deleita con las velas aromáticas, permitiendo que su fragancia llegue hasta la punta de los dedos de sus pies, definiendo su vida. Porque no conoce otra infancia, otro ser, que rodeada de todos estos objetos. Aquí todos creen que su nombre se escribe con hache intercalada y que significa "deseo", pero ella guarda el delicioso secreto de saber que proviene del griego, que significa "fluir" y que guarda relación con las hadas. Naia, con su infantil inconsciencia muy alerta, enreda por la tienda mientras sus padres hablan en la entrada. De refilón, ella sólo ve gestos cansados. No le gusta la cara de mamá.

—Últimamente me siento perdida, Bitxor. La maldad que veo a nuestro alrededor puede conmigo.

—¿Ha ido contra nosotros esa maldad? —Ese argumento parece decepcionarla profundamente—. Eres una mujer fuerte, Helena, no te olvides de todo lo que hemos pasado en otros lugares, aquí somos felices —Sin embargo, ella no parece muy convencida—. No existe lugar exento de maldad, lo siento. Pero sí lugares donde poder ser feliz ¿Qué es lo que quieres, Helena?

—Déjame soñar. No sé... ir a una aldea tailandesa y vivir con lo justo... supongo que quiero vivir una historia ya escrita, un cuento...

Más de veinte años de relación y todavía Bitxor no sabe si cuando Helena habla así se refiere a toda la familia o sólo a ella misma. No se atreve a indagar. Espera, y los días pasan melancólicos, rezando por que

se vaya alejando esa extraña tristeza global que de vez en cuando parece abrumarla.

Naia sale de la tienda dando saltitos, gritando, "*¡lo he encontrado, lo he encontrado!*". Esconde entre sus manitas algo brillante que le hace extremadamente feliz, tanto que corre hacia la tienda de chucherías de enfrente para enseñárselo a la señora, que la adora. Bitxor y Helena se cogen de la mano y dejan pasar a unos cuantos surfistas que corretean por la empedrada calle peatonal con las tablas bajo el brazo. Uno de ellos les saluda, rebotante de salud.

—Pareces una piña con esa cinta en el pelo —le embroma papá, y mamá ríe y le hunde la nariz en la barba, ya algo canosa, mientras pasa su mano por la coleta que cae sobre su espalda. Naia sale de enfrente con una piruleta roja en forma de corazón, sonriente. Abraza a sus padres y los tres entran en la tienda.

Capítulo 19

AHÍ DENTRO NO HAY NADIE

*"Mi nombre es *****. Nací el 19 de Septiembre de 1972, hoy es lunes 9 de diciembre de 2013 y he almorzado lenguado meuniere a las 13:32 en el bar de enfrente de la gasolinera en la que trabajo diez horas al día, de lunes a sábado, desde hace seis años. Estaba jugoso. El color de la hierba es el verde y el del mar, el azul. Perro: Mamífero doméstico de la familia de los Cánidos, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas. Tiene olfato muy fino y es inteligente y muy leal al hombre. Dícese también de una persona despreciable. Hoy, como todos los días a la misma hora, le he vuelto a ver."*

Cada día, desde el 22 de Marzo de 2010, él escribe una página como esta en su diario personal. Es una rutina recomendada como quizá sólo los expertos en el ámbito de la psicología pueden recomendar. Él ha necesitado la ayuda de muchos de esos expertos desde aquel día, y ninguno de ellos le ha dicho jamás algo diferente de lo que podía haberle comentado un vendedor de aspiradoras o un amigo. Hace mucho que no ve a sus amistades. Está demasiado concentrado en la tarea de curarse. Es... como una investigación que le acompaña a todos los sitios. El asunto del diario le permite gozar de una causa por la que seguir adelante en esta investigación de locos, y hasta ahora, se ha presentado como la herramienta más eficaz para detectar los fallos que se producen en su cerebro. Una vez por semana entrega el informe completo al experto y éste lo esconde en un archivador azul tras echarle una ojeada en diagonal. Nunca dice una palabra al respecto. Pero a él le importa un carajo la opinión del titulado de turno, porque hoy le ha vuelto a ver. Y eso le atormenta. Siempre ocurre lo mismo, a la misma hora, todos los días, desde el 22 de marzo de 2010.

Aquel día todo había transcurrido con una normalidad digna de elogio. Apenas quedaba una hora para que terminase la jornada e incluso a la tienda se le notaba el cansancio y el frío adheridos a las paredes. Él salió para atender el surtidor número tres con ese caminar cuya inercia sólo puede dar la repetición a lo largo de los días. Encajó la manguera en la boca del depósito del vehículo, presionó el gatillo hasta que se quedó bloqueado y programó la máquina para que se detuviese en el importe que la señora le había indicado. Él se dio la vuelta y, apoyado levemente en el maletero, metió las manos en los bolsillos y miró, con el mismo estilo que sus andares, hacia la tienda. La señora permanecía en el interior del vehículo buscando algo —quizá su cartera— entre las profundidades de un bolso que se desparramaba en el asiento del copiloto.

Ahí fue la primera vez que le vio.

Si se podría realizar una descripción objetiva de sucesos como estos, mejor tal vez, una reconstrucción meramente descriptiva y analítica de lo que expertos en el campo de la parapsicología suelen llamar apariciones, estos serían los rasgos fundamentales de ésta en cuestión:

—Arquetipo de aparición: Rápida y sin amenaza. Poca interacción con el entorno. Siempre de espaldas y en actitud de irse, con clara intención de alejamiento, pero sin prisa o gravedad alguna.

—Atuendo/Aspecto físico: Hombre. Alto y delgado. Chaquetilla de cuero negro y capucha gris, pantalones oscuros y calzado indeterminado. Manos en los bolsillos laterales de la chaquetilla. En esa permanente postura que parecen adoptar los que tienen frío cuando salen de un lugar templado para ir a otro sitio que se encuentra a pocos metros.

—Regularidad: A diario. Entre las 21:00 y las 21:15. Pronto hará cuatro años en activo.

—Lugar: Las inmediaciones de la gasolinera de la carretera ****, salida ***, KM ****, localidad de *****

Aquel primer día, cuando la manguera ya habría vertido unos diez litros en el depósito, él lo vio entrar en la tienda.

Vio cómo ignoraba cualquier producto de los estantes y se metía en los servicios. Exploró los claroscuros en busca de otros vehículos, pero no halló si quiera una moto de baja cilindrada. No era común por allí el merodeo de toxicómanos en busca de un agujero donde paliar el mono, pero él mantuvo alerta sus sentidos y, tras darle la llave del coche a la señora e indicarle que la esperaba en el mostrador, se dirigió a la tienda con decisión. No quitó ojo de la puerta de entrada de los servicios y de una manera tan evidente que bien pudiera haber sido aprovechada por más de un apasionado de lo gratuito. Haciendo elogio de su poca paciencia, se acercó a la puerta de entrada de los servicios pensando que podía escuchar algo, tal vez, desde una posición segura. Lentamente se acercaba y nada, ni el gotear de un grifo viejo se oía. Algún tipo de valentía, adquirida quizás por su pasión por las películas malas de acción, lo indujo a empujar la puerta de los servicios y entrar a manos desnudas al punto caliente. Nada encontró, salvo un leve y frío alarido de bienvenida provocado por el viento de invierno colándose por una polvorienta rejilla.

—¿Muchacho? ¿Hola? —se oyó desde el otro lado de la puerta— ¡Ya encontré mi cartera! Hijo... soy un desastre para estas cosas... —el tono de voz de la señora era tan dulce y nítido que casi se la podía sentir, tímida,

intentando asomarse unos centímetros por encima del mostrador.

Él, profundamente contrariado, acudió a su puesto con el ceño fruncido y dejando caer su mirada lentamente hacia el suelo.

—Lo siento, señora. Es que... hace un par de minutos ha entrado un tipo a los servicios y...

Levantó la mirada y por vez primera se fijó en el rostro de la señora. No cuadraba en absoluto con su tono de abuela entrañable. Quizá quedara un leve resquicio en la comisura de sus labios pero se borró de una forma absolutamente perceptible cuando dijo:

—Ahí dentro no hay nadie, cariño.

Como cada día, abre una nueva entrada en su diario personal, se lo mete en el bolsillo y espera. La que hemos leído antes es de ayer. Hoy es martes 10 de diciembre de 2013 y son las 20:50. Él, sudadas sus manos, estruja su diario en el interior del bolsillo de canguro de su jersey, sabiendo que de un momento a otro va a aparecer de nuevo, que simplemente surgirá en ese momento en el que inconscientemente su atención, extenuada, baje la guardia y se relaje tan sólo una fracción de segundo. Justo en ese momento, en ningún otro, lo verá de nuevo irse, con ese gesto, con ese caminar que también parece tener una inercia adquirida a través de los días. Él, ahora mismo, retuerce el diario mientras repasa con excesivo detenimiento la imagen mental del rostro de la señora y la forma en que le dijo, "ahí dentro no hay nadie, cariño", como si de alguna manera intentara prevenirle de un esfuerzo inhumano que acabaría por volverle loco. Manosea y soba obsesivamente el cuadernillo adquirido en esa misma tienda, con la completa seguridad de que hoy, mañana, pasado y al otro deberá escribir una entrada semejante en él y que tal vez, pronto, llegue el anhelado día en el que no sea capaz de hacerlo.

Capítulo 20

MIDNIGHT BLUES. DUERME CIUDADANO, DUERME.

La noche corre solitaria por las calles. Las esquinas que a la luz del día jugaban a esconderse de lo obvio ahora se dedican al noble arte del frío misterio. Infecciones y gatos negros serpentean entre las bolsas de basura de un callejón del centro de la ciudad únicamente iluminado por unas antorchas de gas que lucen en la entrada. Su estrechez tiende a infinito a medida que la luz se degrada en oscuridad. Una tos hueca sin procedencia rebota contra las paredes y escapa hacia una entrada vacía y de color caramelo, donde fugaces sombras anuncian, sin lugar a dudas, la presencia de lo desconocido. En ese entorno acaramelado, una pelota del tamaño de un coco cae desde las alturas y rebota fofamente contra la suciedad del suelo dejando un sonido de final afilado. La pelota es del color del magma y, tras unos segundos en los que parece condenada al olvido, la silueta de un niño vestido con un peto gris y botas negras surge de la nada adentrándose en el callejón, cogiendo la pelota y alejándose. Claramente, el niño sabía a lo que iba.

Una marquesina de autobús recoge la niebla que tras ella regurgita un profundo parque que se sumerge en el silencio. El frío trata de ocultarse intentando que todo parezca más solitario, más quieto de lo común, aunque la certeza de que algo cercano merodea se palpa con la misma ilusión que un ganglio inflamado. El inconfundible traqueteo femenino de unos zapatos de tacón cansados con arrastre impar proyecta una sombra alargada que porta un bolso pendulante al borde de unos delgados brazos abrigados con pieles que imitan animales muertos. Tac, tac, rac. Rasgos rudos, mandíbula definida, nudillos nervudos y cuarentena. Tac, tac, rac. Peluca mala color violeta intencionado. Tac, tac, rac.

Sus pasos parecen añorar tiempos mejores mientras se acercan a la marquesina que recoge la niebla cual cuchara de heladero. Tac, tac, rac. Plantado en la parada como si la misma fuese un destino, Manuel no sabe a dónde va, y quizá por eso, prende un cigarrillo.

La radiación de un televisor enmudecido tiñe de fantasmas un salón desordenado y viejo. Entre centenares de objetos inertes dormita un ser vivo que aunque pálido, parece derretirse sobre el sofá como los relojes de Dalí en la Persistencia de la Memoria. Se oyen retazos de violenta discusión; los vecinos de abajo. Una caja de pizza abierta en ángulo recto, presenta una mancha de grasa circular que parece un agujero negro por el que poder escapar hacia una mansión de lujo en la que no existen las

preocupaciones.

De las cincuenta y seis ventanas a oscuras que tiene una fachada, tan sólo dos están encendidas, una encima de la otra o viceversa, no creo que eso importe. Colmena insulsa de cemento sin reina y mucho zángano. En la de arriba se recorta la silueta de dos brazos y una cara contra el cristal aguantando placenteras embestidas, y en la de abajo, la soledad del noctámbulo que sostiene una taza que tiembla de miedo.

Un taxi hace su última carrera y el mundo continúa. Una chica, al despertar, puede que la del sofá, llorará tanto que perderá el olfato durante dos semanas. Un correo electrónico en cadena con publicidad engañosa llega a seiscientos veinte mil destinatarios y doscientos cincuenta y seis caerán en la trampa. Cuarenta gorriones alzan el vuelo a la vez desde la copa de un árbol asustados por algo que no llegamos a comprender. Una adolescente hace gárgaras con gaseosa en el portal de su casa con las llaves en la mano y el móvil lleno de mensajes intimidatorios. Alguien descubre, ya desnudo y en la ducha, que no tiene agua caliente. Un "te quiero" se queda sin un "yo también".

Demasiados amenes sin un triste aleluya. Un barrendero termina su jornada sin encontrar lo que cada noche anhela y le pide fuego a una chica flacucha de rostro aviar que parece alzar el vuelo entre frus-frús de plumas tras contestar "de nada". Una madre primeriza acude preocupada a la habitación de su hija, su marido, hombre de traje gris, aún no ha llegado a casa. No habrá ni un robo con violencia en la calle Nogales y se escucharán un par de risas metálicas en el barrio de las putas. Dos amigas se enfadan por enésima vez y dos enemigos acérrimos se encuentran por la calle y contemplan sus rostros, ajados por los años, sin reconocerse del todo. Un mensaje escrito con el ímpetu de un pintalabios sobre el espejo de un lavabo dice al usuario: "Cuando un ser querido deja este mundo tu universo crece"

¿Qué más da que sea un miércoles de invierno a medianoche?

El niño del callejón bota la pelota-magma en la intimidad y Manuel sigue esperando al autobús con los zapatos de tacón del número cuarenta y tres asomando de su bolso leopardo cual gacelas en el Serengeti.

Duerme ciudadano, duerme, aquí poco más hay que ver.

Capítulo 21

LA GLORIOSA MESITA DE CAFÉ

Aquel día hacía tanto frío que algunas ráfagas de viento parecían tristes y enfermas a través de la ventanilla del tren. Me encanta viajar en tren. Es el único medio de transporte que sugiere una historia misteriosa o que merezca la pena.

Si vas en avión estás deseando salir de ese condenado amasijo de hierros lo antes posible, y creo por Dios vivo que los aeropuertos son un castigo divino impuesto para el sufrimiento del hombre.

El coche es lo más insulso de este planeta a no ser que seas un nostálgico de alguna época o las novelas americanas de mediados del siglo veinte.

Los que viajan en barco me parecen tontos a un nivel extraordinario, puesto que por norma general, parecen más interesados en lo que hay dentro que en lo de afuera.

Por eso viajo en tren, porque hace del mero hecho de desplazarte la posibilidad de vivir una experiencia aceptable antes de llegar a tu destino. Me encanta la gente que viaja en tren porque parece comulgar con esta máxima. Creedme si os digo que alguna vez he comprado un billete de ida y vuelta para realizar tan sólo el trayecto y pensar allí en mis cosas.

Me gusta pensar en mis cosas, sobre todo cuando me pongo nervioso y todo eso. No puedo parar de pensar en mis cosas cuando me pongo nervioso. Creedme también, por favor, si os digo que no soy de esos raritos obsesionados con los trenes que regalan su vida a los raíles y viven por siempre en un sótano creyéndose jefes de estación gigantes en un país liliputiense. Por Dios, esa gente me pone de los nervios.

Hoy estoy especialmente agobiado y necesito mucho pensar en mis cosas, por eso me he comprado un billete nocturno de ida y vuelta para un trayecto de unas cinco horas en total. Cinco horas en un vagón vacío con todo el espacio del mundo y las ventanillas tan negras como si corrieses eternamente por un túnel infinito y la azafata ofreciéndote café y pastas y revistas y todo eso. Todavía no es noche cerrada. Ya domino el espacio.

Me gusta sentarme en el último asiento de cara a la puerta que conecta con los demás vagones y así controlarlo todo. Tuve que entrenar duro para no vomitar viajando de espaldas porque me pongo muy mal cuando vomito y meto mucho ruido y me cuesta mucho recuperarme y todo eso. Puedo pasarme horas vomitando y gritando y creyendo que voy a morir.

La última vez eché dos empastes y me rompí dos tendones de la mandíbula. Pero ya está todo superado. Quizá fuese por la edad. Tengo veintiún años y aparento menos de dieciocho. Estela dice que es por los nervios, que no dejan desarrollar mi metabolismo. Esa idiota se cree cualquier cosa que ponga en un libro que regalen con una revista. Es por esa chiflada de los cojones por la que estoy ahora en este tren agobiado sin poder parar de pensar en mis cosas.

El otro día de camino a casa caí rendido ante el hecho de que hubiera gaviotas en la avenida y de que las copas de los árboles estuvieran podadas en perfecta y simétrica redondez. Me afectó tanto el asunto que me tuve que sentar unos minutos en un banco para reflexionar. No me sobrevino un ansia ferroviaria, no, éste era un éxtasis hermoso, de esos que te contestan cosas importantes sin que tú se lo pidas.

El caso es que estuve ahí varios minutos llenándome de belleza y de ganas de amar a la gente y cuando subía las escaleras de mi casa tenía unas ganas tremendas de coger a Estela en mis brazos y decirle lo mucho que la quería.

Entré exultante en casa con la cara enrojecida por el ímpetu con el que subí los numerosos peldaños que me separaban de nuestro nidito de amor alquilado y me la encontré enfrascada en la lectura de una de esas revistas que ella considera como Las Sagradas Escrituras. Intenté explicarle la excesiva belleza de las copas de los árboles podadas con simétrica redondez y la magnanimidad de las gaviotas en la avenida y ella me contestó por todo: *"Mira cariño, esta mesita de café es gloriosa, ¿no crees? Si la tuviéramos aquí la gente que viniera a visitarnos pensaría que ésta es una casa con clase. Gloriosa y con clase"*.

Por Dios vivo. Me dieron ganas de estrangularla ahí mismo con el cordón de su bata. Odio de veras a la gente que utiliza el adjetivo glorioso de esa forma. La gente que piensa que una maldita mesa de mierda puede tener clase no puede estar bien de la azotea.

He debido pasar mucho tiempo seguido pensando en mis cosas porque una señora se ha sentado a mi lado y no me he dado cuenta. Sudo y me cuesta fijar la vista; me mareo, pero puedo comprobar que la mujer es atractiva, aunque me doble la edad. Me mira con curiosidad; sin preocupación.

—¿Quién es Estela? —me pregunta. No me sorprende que me pregunte eso y no sé por qué. Estoy demasiado agobiado pensando en mis cosas. Lo que también me encanta hacer cuando estoy nervioso es mentir descabelladamente a desconocidos y darles palique.

—Una bailarina de cabaret con la que comparto piso y me acuesto de vez en cuando —contesto. La mujer entorna los ojos como si además de

captar mi mentira, ésta tuviera la capacidad de difuminarme.

—¿Cuántos años tienes, criatura? —Odio a la gente que llama “criatura” a otro porque piensa que éste es más joven. Por Dios vivo, cómo los odio.

—Cuarenta dos, una extraña alteración del metabolismo hace que aparente menos edad, tengo el sistema nervioso en rompan filas y todo eso, mis hijas se ríen cuando me piden el carnet de identidad al pedir bebidas alcohólicas en un restaurante, piensan que mi mujer es mi madre y que yo soy su hermano mayor. Cuando eso ocurre nos excita muchísimo y no vemos el momento de pagar la cuenta y que las niñas se duerman, ya sabe—. De pronto, me apetece mucho tomarme una copa—. ¿Le gustaría tomarse una copa en el vagón restaurante? No sabe lo mucho que me apetece tomarme una copa o dos ahora, ¿le gustaría acompañarme? Podría contarle muchas más anécdotas.

La mujer vuelve a entornar los ojos de esa forma. Me pongo nerviosísimo y el estruendo grave y como de animal subacuático de pantano que hacen los trenes al meterse por un túnel me provoca una dolorosísima punzada en las plantas de los pies, como si unos clavos fríos y gruesos me anclaran al suelo. Con el dorso de mis manos pegado a mis rodillas, intento en vano arrancarlas del suelo al que estoy clavado. La mujer sigue con los ojos entornados, callada. El contorno de mis pantalones recortado por mis dedos sudorosos se difumina y se mezcla con lo demás, igual que al remover una cucharada de ketchup sobre un tarrito de mayonesa cuando se quiere hacer salsa rosa.

—Es demasiado tarde para beber, al menos para mí, criatura. Ve tú si quieres. Te espero aquí.

Por Dios vivo que si voy a ir. Como me vuelva a llamar criatura no respondo de mis actos. Necesito más que nunca una maldita copa. Me levanto con esfuerzo, arrancando de cuajo los anclajes que me unen al suelo por la planta de mis pies.

Las ventanillas del tren son más negras que nunca. Al cruzar una de las puertas siento el frío triste y enfermo que se cuele por el fuelle que une los vagones y de pronto me siento solo, muy solo. Tanto que echo de menos a la tarada de Estela y sus malditas chorradas. A la tercera copa pienso en que tenía que haberla avisado de que hoy no iba a pasar la noche en casa, aunque tampoco me agobia el asunto tanto como la maldita vieja que se ha sentado a mi lado y me llamaba criatura y me miraba de esa forma. Dios, sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta. Pido otra copa y me distraigo pensando en el cordón de la bata de Estela aquel día que me habló de la gloriosa mesita de café y la clase que tenía. Maldita sea... Se la regalaré mañana y subiré por los escalones corriendo con ella en brazos más deprisa que cuando vi las gaviotas en la avenida el otro día. Sí, se la regalaré para que la ponga en nuestro salón

diminuto y que las visitas piensen al verla que nuestra casa tiene clase, y que Estela pueda decir: "*Sí, es que es una mesita de café gloriosa*".

Capítulo 22

MALDITA SEA, O LA SEGUNDA APARICIÓN DE CHARLIE NAZCA.

Maldita sea... creo que ya me conocéis de antes y todo eso. No me gusta mostrarme a los demás. Ya tengo suficiente conmigo, con Estela, con el día a día y toda esa mierda. Pero si no lo escribo podría pasar algo peor. No pongamos nombres todavía, ¿vale? Me importa un cojón si lo aceptáis. Eso es lo bueno que tiene escoger este medio de comunicación, ¿no? Yo puedo hablar y vosotros no. Vosotros podéis hacerme caso o pasar de mí o prender un cigarrillo y mirar fotos de gente guapa o poner a calentar uno de vuestros malditos téis en el microondas o lo que se supone que suele hacer la gente como vosotros cuando lee estas cosas. Es cruel en ambos sentidos. Todo es muy cruel y muy frío al mismo tiempo, pero yo no inventé la rueda así que no me vengáis con hojas de reclamaciones.

Le compré la dichosa mesita de café, sí. Por Dios vivo que sí se la compré. Eso es lo que os interesaba, ¿no? Para qué diablos preocuparse de cómo salí de aquel tren del infierno o de cómo me libré de esa señora que me miraba de una forma que me sentaba como cien patadas. Lo importante era esa condenada mesa de café y la clase que tenía y lo gloriosa que era y todo eso. ¡Absurdo mundo!

Nuestra casa alquilada tiene mucha clase ahora, sí, o al menos eso es lo que dicen las visitas que recibimos. Hay poco que fijarse en esa casa. La gente que es capaz de decidirse entre un estampado de cortinas y otro me deja sin habla. Sería capaz de matar a los que hablan de lámparas, mudanzas, colchones y todo eso. Me refiero a los que sólo saben mantener conversaciones de ese estilo. Los que sacan el tema de refilón simplemente me deprimen. Me entristece imaginármelos yendo con sus parejas a esas tiendas del demonio y gastando su tiempo y su dinero en algo tan horrible.

Sobre todo me entristece imaginármelos pensando que eso es lo que tienen que hacer y que eso es lo que está bien.

Hoy he visto a un hombre de más de cincuenta años comiendo una palmera de bollo de esas rellenas de nata y me ha arrollado una tremenda pena. Tanta ha sido que me he tenido que esconder, porque cuando lloro me pongo muy mal, casi tan mal como cuando vomito y mi metabolismo se resiente y todo eso. Hay a veces que Estela me mira y me ve más joven y en vez de alegrarse como cualquier otra mujer cuando ve a su pareja más joven se preocupa porque sabe que algo pasa con mis nervios. Ya os expliqué este problema antes. Pero ella no se da cuenta, no

comprende qué demonios me pasa.

Maldita sea... yo tampoco. Ahora hay que comprar platos y tazas y cucharas y todo eso, porque claro, ¿cómo vamos a vestir la gloriosa mesita de café que tiene tanta clase con la mierda de platos, tazas y cucharas que antes teníamos? Me quiero morir. No, mejor dicho, me siento como si estuviera a punto de nacer. Demasiado nervioso para tratar con gente. Por eso hablo por aquí, porque si no estaría destripando peatones cuando los veo caminar por ahí pensando en que no existe nada más allá de sus narices. "Esto es todo, no hay más, esto es la vida y se nos escapa entre los dedos", como decían en aquella pésima película.

El mismo día que subí con la mesita de café en los brazos como si fuese mi amada, recuerdo con nostalgia que estuve a punto de partirme la crisma por las escaleras. Ojalá me hubiera matado ahí mismo.

El caso es que Estela me dijo: "*Charlie, cariño, creo que deberíamos comprar un ajuar adecuado para la clase que tiene esta gloriosa mesa de café. No podemos vestirla con lo que tenemos*".

Por el amor de Dios, ajuar es una palabra que sólo había oído a señoras muy mayores que se habían casado como hace noventa mil años, y creer que una mesa se viste me hace pensar que algo falla en la cabeza de quien lo dice; que algo no va bien, pero en fin, debo de ser yo.

Ahora mismo me gustaría ser un gato muerto, sí, me encantaría ser uno de esos adorables gatitos que todo el mundo mira y dice oh y morirme justo cuando la chica más guapa dice un oh de esos. Anoche se lo dije a Estela. Estábamos en la cama y me preguntó expectante a ver qué esperaba de la vida, que qué quería ser; podía ver en sus ojos la espera de una respuesta de esas que dicen tener una familia y todo eso. Entonces yo le contesté eso, que quería ser un gatito muerto, esperando que ella lo entendiese y que nos riéramos juntos de lo sofisticada que era la broma, pero me miró como se mira a un enfermo, con esa clase de lástima, y se dio la vuelta en la cama y no me habló más en toda la noche y yo me deprimí mucho.

Me llama mucho la atención las reacciones de Estela. Es capaz de reír con fervor las bromas pedantes de su pedantes amigos del club de poesía sin entender ni una sola palabra de lo que dicen sus sombrías almas y luego se asusta por cosas como ésta. En serio, esos tipos son de lo más terrorífico. Hay uno que... Por Dios vivo, hay uno que lo mataría con mis propias manos. "*Vente a los recitales, Charlie. Conocerás a gente maravillosa, estoy segura de que te van a encantar*", me dijo una vez. Por el amor de Dios, creo que la gente necesita creerse afín a determinado tipo de cosas sólo porque le hace sentir sofisticado, aunque el precio a

pagar sea su maldita alma.

El caso es que el tipo ése, el que mataría con mis propias manos sin dudar, sale al escenario con su foulard de poeta y una margarita y arranca los pétalos diciendo: "*me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere*".

Al final, el tipo, que te juro que me están dando ganas de matarlo ahora mismo, diga lo que diga el último pétalo, dice con una voz que sobre todo él piensa que es apropiada: "*Me quiero*". Y lo dice pronunciando mucho la o del final para no dejar lugar a dudas. Entonces todas las mujeres rompen a aplaudir y a mirarse entre ellas con las mejillas acaloradas y los hombres se atusan la barba pensando que eso se les tenía que haber ocurrido a ellos y yo me deprimó mucho. No hay suficientes billetes de tren para solucionar todo esto.

El caso es que hay uno de ellos, uno de esos tipos del club de poesía, al que no me dan ganas de estrangularlo. Lo mejor de esos sitios es que se bebe mucho y la gente en general aguanta bien el alcohol. Deberíais de ver a algunas mujeres, por Dios vivo cómo beben.

Bueno, pues el caso es que hay un tipo en ese círculo terrorífico que no despierta en mí el ansia ferroviaria. Tendrá como doscientos años y medirá como menos de un metro corto, y me parto con él. Se sentó a mi lado cuando ya estaba a punto de vomitar y ponerme muy malo y todo eso, y me soltó tras la actuación del come flores: "*Poesía cobarde, por el humo te diré donde está el fuego*". Me dejó sin habla, gente como él me deja sin habla.

A continuación, me pasó un enorme canuto que se estaba fumando y me invitó a algo así como trescientos güisquis y nos lo pasamos en grande vacilando al personal. Estela se avergonzaba cada vez más y nosotros nos divertíamos mucho fingiendo interés por las pedanterías de los artistas.

No hay nada más ingenuo que un artista que se cree bueno. Le puedes lanzar miles de indirectas que se las van a tomar como elogios, y el tipo éste los tenía a todos pillados y yo creí sentir amor cuando le soltó al florista: "*¿Cómo va ese pétalo?*".

Por el amor de Dios, el tipo sonrió y a continuación se puso a hablar de su performance y su arte y el de los demás como si no hubiera pasado nada y yo sentí amor en ese instante flotando en el aire. Amor por la vida. El sentido del humor es amor por la vida. Estela se marchó enfadada y yo me quedé con el tipo y no me preocupé por nada. Nos fuimos a otros bares en los que había gente que tocaba el piano y bebía como si estuvieran en la Nueva York de los cuarenta y yo creí estar ahí porque el tiempo y el espacio son muy relativos cuando pasan determinadas cosas. Bueno, creo que en algún momento se me ha escapado mi nombre. Y si

no me importa un carajo y os lo digo ahora. Soy Charlie. Charlie Nazca, y de vez en cuando me veréis por aquí hablando de la vida y sus cosas y todo eso.

Capítulo 23

EL TIPO QUE NO SABÍA.

—¿Te lo imaginas, Estela? Imagínatelo por un segundo, querida, lo horrible que debe de ser estar con un tipo así. Por Dios santo, un hombre que no sabe...

—Bueno, tampoco lo veo muy grave. Quiero decir... es importante y todo eso, pero... —Estela quedaba agotada cada vez que salía este tema de conversación cuando estaba con su amiga. El asunto debía de estar convirtiéndose en vox pópuli en el barrio y el afectado era uno de los mejores amigos de su novio. Afortunadamente, dicha conexión se mantenía en secreto con el titánico esfuerzo de ella, puesto que Charlie, su novio, y el afectado, Ignatius Real de la Calle, lo ignoraban. Al igual que el cien por cien de los hombres de la zona.

—A mí Javi me lo hace todos los días, cuando las niñas ya se han ido a dormir, cuando nos vemos a la tarde por vez primera desde que hemos salido de casa... ¡El domingo por la mañana, temprano, antes de levantarnos de la cama!

—A mí Charlie algunas veces... no sé le da muy bien al pobre, pero bueno, es tierno ver cómo le pone empeño, aunque creo que hay cosas más importantes en la vida...

—¡Esto es más importante que el sexo, querida! ¡Más importante que el amor! Por Dios santo... No sé cómo puede desenvolverse en su vida diaria, cómo puede amar a una mujer, cuidar de sus hijos si los tuviese, no sé cómo puede vivir si no sabe...

—¿Y la comprensión? ¿La compenetración de dos almas? Quiero decir... más allá de la química y todo eso —A Estela casi se le escapa un suspiro. Era toda una hazaña intentar desviar tan sólo un ápice el tema de la conversación cuando a su amiga se le metía algo entre ceja y ceja.

—Yo no quiero que me comprendan, querida, y de la química lo único que sé es que al final explotan las cosas y un líquido corrosivo se come las paredes. El otro día en el trabajo, una clienta, ya sabes que no puedo decir quién es pero te diré que lo tenía moreno y muy poblado —Alicia mira a los lados y baja un poco el tono, como suelen hacer las personas que quieren subrayar la importancia de lo que están contando— me hablaba de la unión de las almas y todo ese rollo new wave que les da por acoger ahora a las mujeres de los intelectuales, y yo pensaba: “muy bien, bonita, muy moderno todo, pero aquí estás tú, demandando un servicio

que parece ser mucho más efectivo que todo ese rollo que me estás metiendo”

El trabajo de Alicia... ¡Eureka! La maniobra perfecta para conseguir un receso en la lucha por mantener en el cajón la conexión con el afectado. Alicia se dedica a depilar las ingles de las mujeres del barrio de clase alta en el que vive. Lo hace a domicilio, con un servicio exclusivo y personalizado; la privacidad es lo más importante. Entre sus clientas hay varias famosas y mujeres influyentes que, en la mayoría de las ocasiones, la utilizan también de “terapeuta”, porque si hay algo en esta vida que le gusta hacer a Alicia es hablar y enterarse de los trapos sucios de la gente. Alicia adora su trabajo. Como ella misma dice, con ese gesto que actúa de resaltador de las palabras habladas: “Me encanta ver coños. Adoro trabajarlos y dejarlos bonitos para los hombres y las mujeres que se vayan a asomar allí. Es maravilloso ver por la calle un coño que haya trabajado y pensar, ahí va una obra mía, lista para la acción”. Estela, con habilidad, aprovechando la rendija que se había abierto en la diatriba de su amiga, logra lanzar una flecha que se cuele por ella.

—¿Alguna clienta nueva? ¿Algún chisme anónimo de esos que no puedes contar? —En la cara de Alicia se dibuja ese goloso gesto de quien le gusta sentirse solicitado.

—Pues mucho nuevo no, querida. Morenos, rubios, pelirrojos... algunos más tersos y otros más caídos... pero te aseguro que si cogiera a cualquiera de mis clientas y les preguntara, justo cuando me asomo a su flor más preciada, lo que les parecería compartir la vida con un tipo que no sabe...

—¿Te has dado cuenta, Alicia, querida —interrumpe Estela con sorna— de que llevamos más de media hora en esta cafetería y no hemos hablado de otra cosa? Y no sé, llámame rara... pero creo que a las dos se nos ha despertado cierto interés por él.

—¡Por Dios santo! No digas tonterías... ni loca, ¿te imaginas...?

—Ya, ya lo sé. Déjalo, quizá no me explicado bien, no me hagas caso. ¿Qué tal los niños? —Antes de continuar la charla, se sucedieron unos segundos mudos acompañados tan sólo por el roce circular de la porcelana contra el metal al remover un terrón quizá más amargo de lo habitual. La pregunta, aunque sirvió de cambio de tercio, dejó un pozo de incompreensión entre las dos amigas tan palpable como las manchitas de espuma que el remolino había derramado sobre el borde de las tazas.

Capítulo 24

LA EXTRAÑA BURBUJA

Puede que todo se fuese al garete el día en el que no se rieron los dos por lo mismo. O puede que el hecho de que ella se riera mucho y él nada abriese al instante una falla en su relación justo por el lado donde habita el sentido del humor.

Ella considera el sentido del humor algo crucial en la vida. Define su forma de amar, su sentido de la atracción, su personalidad... es algo que no puede faltar en la relación con los demás. Siempre ha sido una chica distante y abstraída que trata de convivir con su propio Yo.

Aquel día estaban cenando en un restaurante veraniego de batalla, de platos con ketchup y manteles de papel grasiento. Él pensó que un tipo que pasaba a su lado les saludaba a ellos cuando en realidad se dirigía a la mesa de atrás y respondió al gesto efusivamente equivocado. Lógicamente el tipo pasó de largo y él quedó vendido al instante, con esa cara del que intenta hacer que no ha pasado nada, deseando que hubiera una patata frita requemada en el borde del plato o una miga de pan rancio o un culín de sangría que llevarse a los labios para pasar el mal trago de no ser correspondido. Se quedó sumido en una extraña burbuja que más lo envolvía cuanto ella más reía, incapaz de contenerse ni de controlar el volumen. Sobre él se replegaba una extraña sombra que descendía lentamente por su gesto como un telón granate de terciopelo. Se sentía repentinamente atacado por un extraño pudor que le pringaba con obscenidad el rostro mientras ella azuzaba públicamente la burla. Abatido por la contrariedad, se levantó tremendamente ofendido y se dirigió al baño reprimiendo su ira y evidenciando su vergüenza.

En ese preciso momento ella sintió que un aire grueso y tibio golpeaba su pecho y le cortaba la risa con un par de dosis de injusta tristeza. Un niño alemán la observaba como si con su expresión quisiera participar de su alegría. Ella se fijó en él con ojos tristes y el niño, solidario y empático, cambió su expresión hacia rasgos más serios.

Había junto a su mano una servilleta que, pintarrajeada con carmín, intentaba trazar el mapa de una cala a la que nunca fueron. Qué más da la razón. Ella se guardó la servilleta en el bolso como si con ese pedazo de papel pasara algo más, algo reservado quizá para el mundo de los talismanes o de los caminos del olvido, y sin duda fuera del alcance de las servilletas de papel pintarrajeadas con carmín que ni si quiera están firmadas con un beso.

Capítulo 25

CUATROCIENTOS METROS EN LÍNEA RECTA

Llueve y las escobillas de mi furgoneta trabajan con desgana emitiendo un geométrico lamento. Es martes y no me queda líquido en el limpiaparabrisas. La planta desnuda de mi pie derecho pisa con decisión el acelerador. Hay olas y Jerry García lo sabe, por eso canta "Friend of the Devil" sólo para mí y para las chancletas que descansan sobre el salpicadero. Cuando levanto la vista tras sacudirme la ceniza que se ha desprendido del capullo del cigarro sobre mi bragueta, descubro que bajo la luz roja del semáforo hay dos rubias mojadas haciendo autoestop. Una de ellas bebe a morro de un cartón de zumo de naranja. Las gotas hacen brillar sus muslos. Una indiscreta humedad me revela que la otra, que exhibe su pulgar erecto hacia mi trayectoria, no lleva sujetador. Existen cientos de chicas como éstas aquí, recojo decenas a lo largo de la semana. Cuando me detengo en el semáforo apenas puedo pensar en el metro pasado y los diez segundos de período que me esperan en una sesión de surf sin sol y sin bañistas, porque observo por el retrovisor la imagen empañada de ellas corriendo hacia mi furgoneta. Les abro la puerta. Ambas se suben con un estiloso saltito en el asiento del copiloto. Su humedad enronquece la voz de Jerry, que ahora entona "Katie Mae".

—To the BM? —Insinúa Shanna.

—Yeah, all right —contesto. Son tan sólo cuatrocientos metros en línea recta

A Shanna le gusta surfear por la mañana y beber por la tarde. Son las cinco. Me dice con gesto de actriz de televisión que van a comprar bebidas para la noche. El semáforo se pone verde.

Su amiga exhibe un rostro levemente enrojecido por un sol que hace días que no brilla y su perlada muñeca viste sin esmero la pulsera del Boardx Surfcamp que tienen todas las autoestopistas aquí. Shanna se estira para mirarse en el espejito de la solapa y sus pechos empujan la oscurecida tela de su camiseta de tirantes. Su amiga la abraza por detrás y ríe.

Hablamos de surf y de playas. Quedan sólo trescientos metros. Me preguntan por la furgoneta, por la cama de atrás y me hablan de una fiesta privada que tienen por la noche. Quedan doscientos. Les digo que también estoy en el camping y les comento donde. Quedan cien, y el letrero azul y amarillo del BM asoma por la copa de un árbol que disfruta del viento y la lluvia. Hablamos de la posibilidad de vernos al día siguiente en la playa o en la carretera; les digo que siempre recojo a gente.

Enuncian un sonoro y alegre "de puta madre" en castellano. Dicen que mañana irán a surfear y que esperarán en la rotonda a que alguien las recoja. La amiga apura el cartón de zumo y se limpia una gota que resbala por su comisura. Ya hemos llegado. Detengo la furgoneta. Saboreo la primera ola que parece romper sobre el cabello mal peinado de ambas, sobre sus shorts mojados y sucios, sobre sus eternas chanclas de goma que aprisionan sus deditos morenos. Chicas de carretera. Unas autoestopistas más.

A la mañana siguiente, mientras camino descalzo por el paseo de la playa con la tabla bajo el brazo, un destello dorado me regala un dulce recuerdo. Las autoestopistas, secas, con la misma ropa, se derraman sobre un banco de piedra que comienza a calentarse gracias a los primeros rayos de sol.

Nos miramos, pero...

Resacas muy distintas nos separan ahora.

Capítulo 26

DESPUÉS DEL DÍA DE LA ZANAHORIA

Tienes que estar de puta broma –dije. Querían que repitiese de nuevo la historia.

A esas alturas me daba todo bastante igual, pero al poli que tenía enfrente no; cerró el puño y con un gesto desquiciado en la mirada se acercó hacia la silla donde llevaba sentado once horas. Sus veteranos ojos reflejaban las ansias de darme unas cuantas hostias al estilo de la vieja escuela. Me eché un poco hacia atrás, maldiciendo mi cobardía. Casi pude ver cómo salivaba, el muy cabrón, al comprobar que aún se mantenía en forma.

–No hay lugar para putas bromas, chaval –volvió a coger por enésima vez la foto de la chica y me la mostró, sujetándola como si el folio pesase cinco kilos–. Se ha encontrado a esta pobre chica con las tripas fuera en el salón de su casa, no se forzó la puerta...

–Y todo apunta a que fue un conocido suyo porque ella le invitó a pasar... –interrumpí y completé yo la frase que tantas veces había escuchado en esa puta sala donde llevaba una eternidad encerrado. El poli enmudeció ante mi actitud de crío aburrido que parafrasea las órdenes de su madre como si estuviese ante la mayor falta de respeto acontecida en toda su carrera, y esta vez sí, me soltó una buena hostia con la mano abierta. Mi cuello crujió por dentro y mi boca se incendió.

Hacía tiempo que no me zurraban; nunca me ha parecido tan horrible como lo pintan, o como parece que va a ser segundos antes de que te golpeen. Permaneció varios segundos mirándome con desprecio, respirando hondamente, reprimiendo las ganas de continuar. Yo miré hacia un costado el tiempo que consideré necesario para mostrar indiferencia y me pasé la lengua por el labio sangrante; entonces le miré y lo vi: el viejo mecanismo de la identificación, de puto libro. ¿Qué tendría, cincuenta y largos? Y seguro que una hija de veinte pocos, guapa y soltera y muy de la época actual, típico. *"¡Ay, comisario! ¿Qué culpa tengo yo de su miedo? Tú escogiste ser padre y policía, y te salió una niña mona a la que adoras, por supuesto, y a la que no quieres que le pase lo mismo que a la de la foto"*.

Escapó de la sala; había conseguido sacarle de quicio. Creo que con él iban como unos diez.

El viejo era el primero que me pegaba de verdad. Zarandeos y gritos y empujones y demás amagos violentos; eso sí. Ahora estaba solo. Me apetecía fumar. Como por arte de magia, dos manos acercaron una llama al cigarro que sujetaban mis labios hinchados. Me lo quité y parte de la piel entorno a la herida se quedó pegada al filtro. ¡Ay!

–Cuenta de nuevo la historia, por favor. Yo no la he escuchado –me acercó también un botellín de agua.

Era una chica de mi edad, sin duda también policia; gafas de montura ancha, una coleta que aguantaba así desde primera hora de la mañana y nada de maquillaje. Bastante atractiva. Camisa de cuadros grandes negros y rojos; escotada. No sé por qué, pero se ganó al instante mi respeto. Quizás por el cuadernillo de anillas con tapas de cartón marrón y hojas milimetradas que dejó a su derecha, o por el boli claramente mordisqueado que se sacó del bolsillo de su camisa, pero fue la primera persona en todo el tiempo que llevaba encerrado allí que lo consiguió, y sin apenas hacer nada. Por eso apreté los labios hasta que me dolieron mucho para no soltar la broma que se me había pasado por la cabeza nada más verla: "*¿Acabas de salir de una sesión de fotos con Terry Richardson?*". Me costó muchísimo, pero al final no lo dije. Parecía que estábamos en uno de esos ratos de descanso en la biblioteca cuando íbamos a sitios como la universidad y todo eso. Tras dar un buen trago de agua, procedí a contar de nuevo la historia, mucho más relajado que las veces anteriores.

–Eramos una pandilla de unos cinco incluyéndome a mí, e íbamos todos a la misma clase. Estábamos en tercero de la ESO y teníamos la edad que se tiene cuando vas a tercero de la ESO.

–Tómame esto en serio, por favor. Regocíjate en la narración todo lo que quieras, tienes derecho, sé la de veces que la has tenido que contar, pero tienes que ser sincero y concreto. Cuántos erais en la pandilla y cuántos años teníais– interrumpió ella con el boli entre sus dedos; tomaba apuntes como se hacía en clase.

–Seis conmigo, trece años.

–Gracias, prosigue –añadió amablemente, tachando allí y apuntando allá. Sus movimientos eran como tragos de consomé en un día de invierno.

Bueno, pues recuerdo que estaban próximas las vacaciones de Semana Santa y los seis contándome a mí vagueábamos por las afueras de la ciudad, haciendo lo que suelen hacer los críos que están en tercero de la ESO y tienen trece años. Era el primer curso que sólo teníamos clases por la mañana y nos creíamos muy mayores por eso. Los días cada vez eran más largos y apurábamos las tardes como si la mayor de las aventuras estuviese aún por llegar. Nos gustaba andar por las viejas vías del tren,

llenas de basura interesante y arbustos misteriosos infestados de ratas enormes a las que disparábamos con pistolas de balines. Al otro lado de las vías una verja oxidada separaba la antigua ruta del tren de una llanura sobre la que se esparcían varias casas; algunas mejor cuidadas que otras y la mayoría con un terreno en la parte trasera que daba a las vías. Un día, aburridos de disparar a cosas o a ratas comenzamos a dispararnos entre nosotros; fue maravilloso. Aún recuerdo la adrenalina, la sensación de guerra corriendo por mis pantorrillas... El caso es que, cuando estaba escondido tras un arbusto que apestaba a mierda de perro y lleno de moscas verdes que intentaban meterse por mi nariz, la vi.

–A la chica de la foto, a la muerta –interrumpió, pero no me la volvió a mostrar. Quería pillarme desprevenido.

–Eso es lo que dice vuestra investigación y por ello me encuentro aquí retenido, ¿no? Yo no puedo afirmar eso, y de ser así, hace casi veinte años que no la he visto...

–Tranquilo. No está usted detenido por nada.

–No me trates de usted, por favor, somos de la misma quinta y ninguno de los dos tenemos pinta de tener que tratar de usted a los demás.

–Puedes irte cuando quieras.

–Joder, pues es la primera vez que tengo esa sensación desde que me han metido aquí.

–Mis compañeros a veces se pasan, sí. Sobre todo con casos como éste...

–¿Eres policía?

–Soy criminóloga.

Arqueé una ceja, ella también.

–¿Qué? –inquirió ella.

–Nada –contesté–. ¿Continúo con la historia?

–Por favor –miró su cuaderno–. Estabas escondido tras un arbusto maloliente, lleno de moscas verdes que se te metían por la nariz y sintiendo la adrenalina de la guerra por tus pantorrillas. Entonces la viste.

–Buen resumen –dije.

Ella esbozó la sonrisa más breve del mundo y cayó sobre su rostro cual

gota de tinta china sobre agua cristalina.

Mis amigos seguían disparándose y revolcándose sobre piedras y cristales y trozos de plástico; en la guerra no hay lugar para las exquisiteces. Pero yo era incapaz de moverme. A pesar de la distancia la reconocí; era una chica de nuestro instituto, iba a otra clase y corrían rumores de que faltaba bastante y de que iba a repetir curso por falta de disciplina y problemas familiares y todo eso. Yo me había fijado en ella, por los pasillos siempre iba sola y vestía con ropa de chico o muy ancha, diferente al resto de las chicas. Cuando salió aquella vez al patio trasero de su casa estaba en ropa interior. Joder... imagínatelo. Me revolví en la silla. Quiero decir... todas las chicas del instituto llevaban una ropa que pretendía marcar lo que aún no tenían, y esa chica... esa chica tenía todo lo que hay que tener, no sé si me explico. Me sentí como un explorador ante el hallazgo del tesoro más valioso del mundo. El sol de la tarde sobre su pálida piel inyectaba aún si cabe mayor voluptuosidad a sus formas, cortadas tan sólo por un sujetador y unas bragas de color carbón. En el jardín trasero de la casa yacía, como caída de un árbol, una silla de plástico con propaganda de Heineken a la que le faltaba el posa brazos derecho. A falta de más cosas, la chica desparramó su belleza sobre aquella cochambrosa tumbona improvisada y se puso a tomar el sol.

Sus muslos, abiertos y carentes de preocupación, apuntaban a mi frente. Sentí fiebre y alegría y sudores y lo que más nítidamente recuerdo, es la sensación de sumergir los testículos en champán. Ya no olía a mierda a mi alrededor, no recuerdo cuánto tiempo estuve así pero sé que reaccioné cuando un par de moscas me atragantaron aterrizando en mi campanilla. Mis amigos aún no la habían visto, pero ella sí tenía constancia de ellos. Utilizó la mano a modo de visera y se incorporó levemente. Entonces me levanté, mis rodillas crujieron y recibí varios disparos, pero no sentí nada. Me había visto.

Caminé lentamente hacia la verja y crucé las vías; posé mis manos sobre el óxido. Ella se hallaba como a unos veinte o treinta metros calculados por la hormona de un adolescente, quién sabe cuánto espacio nos separaba. Eso era lo de menos. Parecía que había nacido para sentirse observada. Yo apenas podía mantenerme en pie agarrado a aquella verja con los brazos en alto y la cara pegada, oliendo a óxido y a maleza recalentada. La sensación burbujeante que antes envolvía mis testículos inundó la parte interior de mis muslos cuando ella se abrió más de piernas y deslizó su mano por dentro de sus bragas, sabiendo que yo estaba allí, mirándola. Recuerdo pensar: "¿qué tendrá ahí que lo frota con tanta ternura?". Caí en la cuenta de que ya había dejado de recibir disparos en la espalda y en las piernas cuando sentí a mis amigos alineados junto a mí y en la misma posición; la verja trazaba sobre nuestra silueta caprichos oxidados de forma romboide. Cuando ella se quitó las bragas, Miqui se la sacó y la metió por uno de los agujeros de la verja y chilló. Aquello, lo que tenía entre las piernas, se parecía mucho a los agujeros de la verja.

Ninguno lo reconocimos en aquel instante, pero era la primera vez que veíamos algo parecido. La chica siguió acariciándose hasta que un ruido dentro de su casa le hizo dar un brinco y desaparecer en su interior. Volvimos a casa confusos, sin saber qué decir. Miqui se llevaba la mano a la entrepierna cada dos pasos y maldecía; casi no teníamos fuerzas ni para hacerle bromas.

–¿La volvisteis a ver?

–Por supuesto. Volvimos allí todas las tardes, a la misma hora. Y ella era fiel a su público. Siempre desde la distancia.

–Iba poco por clase, según me has dicho...

–Sí, ahora iba a comentarte eso...

–Adelante, siento interrumpirte.

–No te disculpes, estoy bien charlando contigo, jamás había hablado de esto con alguien, y lo que he hecho con tus compañeros no se puede considerar charla... ¿Qué te parece si continuamos la charla fuera de aquí en un lugar más agradable?

–Centrémonos. La volvisteis a ver –entornó los ojos de manera imposible–. Continúa.

¿Cómo no íbamos a volver allí? Aunque electrificasen la valla o pasaran cada dos minutos cien trenes bala no concebíamos las tardes sin ella... Apenas dormíamos, era imposible concentrarnos en clase, todas nuestras conversaciones giraban entorno a aquellas tardes... Ella fue la que nos explicó todo lo que había que saber sobre el sexo, a treinta metros o quién sabe a cuánta distancia y con una verja oxidada de por medio... Nos inventamos hasta un nombre en clave para referirnos a ella.

–¿Cuál?

–Zanahoria

Ella arquea una ceja como si un minúsculo hilo dorado tirase de ella para arriba. *"¿Hilo dorado? ¿Qué coño me ocurre? ¿Por qué me cuesta seguir con la historia?"* La criminóloga quiere detalles... así que continuo.

Sí, aunque con esa edad y en términos generales uno es bastante obvio, el nombre en clave no hacía referencia a su color de pelo, sino a lo creativa que se puso una tarde de mayo... Por aquellas fechas ya no íbamos ni con pistolas ni dando tumbos de lado a lado, como aquella primera vez que nos la encontramos por casualidad, sino derechos hacia

la verja, asiéndonos con fuerza.

Había veces que tardaba en salir y la agitábamos creyendo que algún tipo de sonido llegaría a su puerta o yo qué sé. Siempre la silla rota de Heineken, siempre la ropa interior de color carbón, siempre la polla tiesa y el silbido del aire entre los agujeros. Así eran nuestras tardes. El caso es que aquella vez se quitó las bragas demasiado rápido, sin dejarnos tiempo a que lo deseáramos, pero lo que hizo a continuación cambió nuestras vidas de alguna manera. En algún lado, oculta entre la maleza de su jardín, una afortunada zanahoria se escondía de nosotros.

Por vez primera en aquellas tardes, consiguió que desviáramos los ojos del misterio cubierto de pelo que tenía entre las piernas para mirar a su boca, a sus labios, a su lengua... ¿cómo se podía hacer semejantes cosas con una simple zanahoria? Bajó por sus pechos ¡oh!, por su vientre... dejando un sendero brillante de saliva, y a continuación... vino la magistral lección de nuestras vidas. ¡Cabían cosas ahí dentro! Miqui volvió a chillar y tembló y se cayó al suelo y nadie le hizo caso, porque todos andábamos hipnotizados por la magia, por la aparición y desaparición de aquella afortunada zanahoria... Ella nos enseñó todo.

–¿Le ha contado esta historia a mis compañeros... tal cuál me la está contando ahora? –Leves tonos rosas asomaban bajo la fina piel de sus pómulos. Me quitó la botella de agua y se la terminó de un trago.

–Sí, más o menos. ¿Por qué?

–¿Y qué le han dicho?

–Nada coherente. Cuando llegaba el momento de la zanahoria me interrumpían gritos, balbuceos, nerviosismo en general, y sobre todo insultos y acusaciones... no me dejaban terminar. Luego me pedían que la volviera a contar. Han desfilado por aquí buena parte de la plantilla del departamento. Tú eres la primera mujer. ¿Habíamos quedado en que ninguno de los dos trataba de usted a nadie, no?

–Por lo tanto... deduzco que ése no es el final de la historia, ¿no?

–Desgraciadamente el final de la historia es trágico y me acabo de enterar hace más o menos catorce horas, cuando tus compañeros me han metido aquí –dije señalando la foto.

–Ya, no me refiero a ese final, me refiero a...

–Te entiendo, sólo estaba disfrutando un poco de la distensión... ha sido un día duro para mí, como comprenderás.

-Lo siento, por favor, continua con la historia.

-Tras la tarde de la zanahoria pasó algo extraño. Todos nos quedamos... como raros. -¿Has leído a William Blake? -la criminóloga se pensó que era parte de mi narración y no me contestó. Yo esperé-. "El matrimonio del cielo y el infierno"-añadí.

-Perdón, era a mí, soy boba, sí, lo conozco -y esta vez su sonrisa fue amplia y su mirada más fresca y de pronto toda la habitación sin ventanas en la que estábamos olió a ozono.

"Si las puertas de la percepción quedaran depuradas, todo se habría de mostrar al hombre tal cual es: infinito.", cité.

-Esa frase la utiliza Aldous Huxley para abrir su ensayo sobre las experiencias que tuvo con la mescalina -añadió.

-Ella fue nuestra mescalina, nuestro enteógeno natural, idetonó nuestra sabiduría!

-Céntrate, no divagues. Antes has dicho que os ocurrió algo extraño...

Seguí con mi narración...

Ahora de adultos puede que suene exagerado, pero piénsalo, seis críos tímidos de trece años con montón de preguntas girando todas entorno a sus hormonas en la era anterior a internet. ¡Si todavía no le habíamos echado huevos a mangar revistas porno al hermano mayor de Miqui! Joder, imagínatelo. Tardamos en hablar del tema. Estuvimos pensativos varios días, como sacando nuestras propias conclusiones. Una frase se repetía en mi cabeza cuando iba por el pasillo del instituto y veía a las chicas de mi edad: "ahí caben cosas", y pensando en las cosas que cabían ahí se me ponía tiesa y la misma naturaleza me dio la respuesta.

-Me siento imbécil hablando de esto contigo, la verdad, no sé por qué te lo cuento...

-Porque algo extraño os pasó a los seis que hizo que vuestras tardes llegasen al final -dijo. Me quedé pensativo.

-Quizás fuera ése el orden natural de las cosas, que tan pronto vienen como se van, no sé cómo explicarlo... a esta parte de la historia no he llegado con ninguno de tus compañeros, quiero decir, que no me han dejado. Llevo tanto tiempo contando lo mismo que ahora no sé cómo... Cuando llegaba a lo de la zanahoria se levantaban de la silla, bufaban, se secaban los espumarajos de las comisuras de los labios mientras me insultaban y me acusaban de cosas terribles y me pedían que volviese a contar la historia. A veces se iban y volvían otros con el ansia reflejado en

sus rostros.

–Inténtalo.

Después del día de la zanahoria estuvimos ausentes en el más amplio de los sentidos. Nos cubrimos con un velo que rozaba el autismo. Nos íbamos a casa directos después de clase, cada uno con su propia investigación e imagino que con su peculiar trabajo de campo.

Dejamos de ir a las vías para siempre. Aunque recuerdo una vez, al final de curso en el patio, que Miqui vino corriendo hacia nosotros; hacía tiempo que no hablábamos del tema y nos contó que había ido a las vías y que la Zanahoria le había hecho una paja a través de la verja. Pobre Miqui... Tan sólo reprodujo el sueño que todos habíamos tenido a cada minuto durante las tardes antes del día de la zanahoria. El deseo de que ella acortara distancias y se acercase. Después de ese día sí que hablamos mucho de aquellas tardes y también de la zanahoria mágica, pero como anécdotas para el recuerdo, como si de pronto nos pasasen cosas más importantes o la lección que nos había dado la chica nos hubiese cambiado. Nos habíamos hecho mayores en cuestión de semanas. El inocente farol de Miqui rompió el tabú del día de la zanahoria, normalizándolo.

–¿Por qué estás tan seguro de que no hubo contacto entre Miqui y la chica?

–Por el encuentro que tuve con ella meses después, una tarde de agosto
–La criminóloga levanta la vista de su cuaderno y deja de escribir.

–¿Esto tampoco se lo has contado a mis compañeros?

–Como antes te he dicho, nadie se ha interesado por nada que haya podido suceder después del día de la zanahoria. De ahí pasaban a los gritos y los insultos y a gritarme detalles sobre el horrible asesinato de la chica. Que si las tripas fuera, que si nadie forzó la puerta, que si tenía que ser alguien conocido, que si en mi móvil se habían encontrado mensajes y fotos que...

–Vayamos más despacio... ya entraremos luego en eso. Vayamos a esa tarde de agosto...

Ese verano mis padres me compraron una bicicleta de montaña porque había aprobado todas. Fue el verano de mi independencia. Salía pronto por la mañana y volvía para comer; con el postre aún en los carrillos, volvía a salir y llegaba para cenar. Alguna noche también me escapé.

Había demasiado mundo por explorar a golpe de pedal. En una de mis largas excursiones me encontré a la chica, cerca de la zona de las vías.

Solía pasar por allí siempre, más por nostalgia que por otra cosa. Iba dando saltos completamente desnuda por un descampado, llevaba una cesta en la mano de la que asomaban telas. Fue la primera vez que vi sus pechos. También la primera vez que vi unos de verdad. Me recordaron a dos flanes de huevo recién aterrizados sobre un plato. Ella se quedó paralizada, con los brazos pegados al cuerpo y la cesta colgando de su mano derecha. Estaba más o menos a la misma distancia que cuando la contemplábamos desde la verja, a esos veinticinco o treinta metros o vete tú a saber cuántos. No sé muy bien cómo explicar lo que viene ahora... Entre que es la primera vez que lo cuento y que el paso de los años ha teñido de misticismo toda la historia...

–Hasta ahora vas bastante bien. ¿Quieres decir que fue algo como... sobrenatural? ¿Volvemos sobre los textos de Blake y Huxley? –Noté que estaba pasando un rato agradable.

–Me refiero a que no puedo desprender la parte interpretada de lo que sucedió realmente en aquel momento –lo tenía difícil; con los trogloditas anteriores me manejaba bien, pero con esta chica... algo había en ella que me obligaba a estar continuamente alerta. Estaba consumiendo demasiadas energías.

–Es algo que le suele ocurrir a las personas normales que rememoran vivencias pasadas. No te preocupes. Adelante. La chica estaba inmóvil delante tuyo a unos treinta metros, desnuda y con la cesta colgando de la mano derecha. Sus pechos como flanes –emitió una leve risita y pensé que afuera, en la calle, quizá estuviera amaneciendo.

Era la primera vez que no nos separaba una verja; nada me impedía salir corriendo hacía ella y caer en sus brazos y revolcarnos sobre la sucia hierba de aquel descampado. Pero algo en su inmovilidad me incitó a esperar... no sé; dejé la bici tumbada a un lado y la imité. Me quedé inmóvil. Pensé en desnudarme también, pero una leve ráfaga de aire sobre unos hierbajos cercanos me susurró "sólo los zapatos, y avanza unos metros". Eso es lo que hice. Ella empezó con su show de aquellas tardes, esta vez sólo para mí y sólo con sus manos, dejando la cesta a un lado, en el suelo. Avancé algo más y me desabroché los pantalones. Ella relentizó sus movimientos y echó mano de la cesta y se puso una prenda; aquel sujetador color del carbón... En mi vida he estado tan excitado, lo único que quería era acortar distancias entre Zanahoria y yo, así que avancé más y me bajé los calzoncillos. Ella se puso las bragas y se quedó como una estatua. Y bueno, no quiero alargar mucho este suceso, pero el caso es que así se fue desarrollando: a medida que yo me acercaba más rígida y vestida se volvía ella y más desnudo y frustradamente excitado me volvía yo.

Cuando tan sólo me separaban de ella tres metros... no pude... me era

imposible... fue horrible.

–¿Estás bien? –me cogió de la mano– ¿Quieres más agua?

El tacto de su piel me transmitió información. *"He avanzado mucho más de lo que yo creía"*, pensé. Así que no me seguí esforzando y reservé fuerzas. De pronto, caí en la cuenta de que habían brotado lágrimas de mis ojos y de que los suyos estaban brillantes. *"Voilà! Pensaba que esto de llorar era más complicado..."*

–Sí, sí... estoy bien. Es que llevo tanto tiempo aquí... joder, me han insultado, pegado, me tienen encerrado aquí desde... –miré un reloj que no tenía, siempre utilizo el del móvil, pero me lo habían confiscado– no sé, he perdido la noción del tiempo. Antes, cuando te has reído, he pensado que ya habría amanecido, no me preguntes por qué –clavé mi mirada agotada en sus ojos.

–Vamos a hacer una cosa –miró un reloj que sí tenía–. En efecto, es hora ya de desayunar; vamos a salir a tomar un café, comemos algo y continuamos con esto afuera. En realidad no hay ninguna prueba consistente contra ti, pero si quieren pueden retenerte aquí más tiempo. Ya me encargo yo de todo. Espera aquí.

La joven criminóloga salió por la puerta. Tenía las piernas visiblemente entumecidas. Me encendí un cigarro y paseé por la sala. Parece que todo iba bien, como yo quería y había planeado.

Antes de que me acabara el cigarro entró de nuevo con una bolsa de plástico que envasaba al vacío mis pertenencias. Cartera, móvil y documentación. Escoltado por las dinámicas zancadas de la joven criminóloga, creo que había aprovechado para hacer estiramientos, me paseé triunfante por la planta de arriba ante la mirada de todos los hombres de la comisaría. Los oteé de cabo a rabo con mi indiferencia. Tras la puerta de cristal, la libertad de ese aire azul casi transparente del amanecer aguardaba mi salida para darme la bienvenida.

Recostado sobre el respaldo acolchado de una cafetería próxima a la comisaría, encendí el móvil e introduje el número pin. La chica estudiaba la carta como si de un importante caso se tratase; pidió por mí. Al instante, mi móvil comenzó a zumbiar, a iluminarse y a pitar, recodando una traca final de fuegos artificiales en unas fiestas patronales de verano. Correos, llamadas perdidas, mensajes de texto y whatsapp, notificaciones de Facebook, Twitter, Instagram, Tinder, Badoo, LinkedIn...

La chica observa la pantalla con una ceja arqueada.

-Pues sí que estás solicitado...

-Bah, lo normal en casos como este, cuando te retienen en contra de tu voluntad durante más de medio día en el sótano de una comisaría -dije livianamente- menos mal que has aparecido tú- me atreví a extender la mano y rozarla con la suya.

-Me he tomado la libertad de investigarte un poco antes de entrevistarte -dijo-. Así que eres escritor y licenciado en psicología... He navegado por tu web y he ojeado tus novelas y algunos de tus relatos... interesantes. Tus ensayos son bastante potentes.

-¡Vaya! Parece que uno no se puede librar de estas cosas ni siquiera cuando queda a desayunar con una atractiva criminóloga -dije, conteniendo los nervios. Sabía que la investigación no se quedaba ahí.

-Las redes sociales, ¿eh? ¿Quién se libra hoy día de ellas? Eres muy activo, tienes perfil en casi todas... Qué papel más raro juega la intimidad en todo eso, ¿no crees? La intimidad a través de la distancia.

-La extimidad. Un concepto posmoderno que ha entrado con fuerza en el mundo de la psicología. La necesidad de hacer pública tu intimidad -inicié rápido un tema de conversación.

Parecía que aún seguía tanteándome. "*Claro que lo sigue haciendo, puto imbécil*", me dije.

-Todo el relato de la chica que me has contado ahí abajo parecía una tesis sobre eso. Las relaciones íntimas a través de la distancia. Gente que es capaz de darlo todo a través de una aplicación del móvil, que puede llegar a confesar sus mayores secretos o destapar todas sus vergüenzas a través de la distancia que le proporciona la red virtual, pero que en la vida real le ocurre precisamente lo contrario.

-La extimidad no es concretamente eso, no es necesario que la persona en la vida real sea incapaz de relacionarse...

-¿Sabes que la chica que hallaron muerta en su apartamento con las tripas fuera también era muy activa en las redes sociales? Tenía muchos perfiles en aplicaciones de citas, como tú: Tinder, Badoo, Edarling, Lovoo, Zoosk...

-Lo sé, por eso he pasado las últimas dieciséis horas ahí abajo. Porque los últimos mensajes que mandó antes de que la destriparan fue a mi avatar, y porque también me había mandado fotos de ella con poca ropa. ¿Dime, no le mandas selfies a tu novio? ¿No subes fotos tuyas en bikini a instagram? Hoy en día hay miles de asesinatos al día, y tanto víctima como asesino son usuarios de las redes sociales -nuestras miradas se

batieron en duelo interminable.

-La chica de la verja era ella.

-Probablemente. Aunque no estoy seguro de ello, hace casi veinte años que no la veo.

-En todas las aplicaciones utilizaba el mismo avatar: Carrot. Zanahoria en Inglés.

-Se idiomas, sí. Sabéis perfectamente que ninguno de los mensajes hablaba de quedar conmigo en ningún momento ni en ningún lugar y que yo tengo una coartada sólida y contrastable que me aleja de la zona y la hora del crimen.

-Sí, también sé hacer mi trabajo, además de idiomas, sí.

-Somos jóvenes modernos en un mundo caótico que sabemos idiomas y tenemos trabajo y somos buenos en ello. Entonces... creo que todo en orden, ¿no?

-De momento sí.

-¿De momento?

-Puede que te llame algún día para comer y hacerte unas preguntas sobre tus amigos.

-Os lo dije al inicio, varias veces. Uno muerto, dos de ellos en la cárcel, uno felizmente casado en el extranjero y de los demás ni puta idea.

-Bueno, qué más da... podemos charlar de psicología, de redes sociales, de comportamientos extraños, de la extimidad y demás conceptos modernos... ¿no crees? ¿no irás a rechazarme, verdad? -me dio su tarjeta rozándome las manos. Llegó la comida. Café, tostadas y tarta de zanahoria para los dos-. Tu teléfono ya lo apunté. Te tengo fichado-. Me guiñó un ojo claro tras sus gafas de montura ancha y empezamos a comer en silencio.

Yo asentí con una sonrisa que intentaba aparentar tranquilidad... me había calado de lleno, de alguna forma que yo no me había dado cuenta, había sido muy torpe, *"me estoy descuidando, confiando demasiado estoy perdiendo facultades..."*, pensé con los primeros rayos de sol calentándome el lado derecho de mi cabeza.

"Dios mío, han estado apunto de pillarme, se han acercado demasiado... me han puesto contra las cuerdas. Joder, si al final he tenido que llevar la trola al campo místico y lacrimógeno como si fuese un vulgar fan de Paulo

Cohelo... Menos mal que me salieron las lágrimas y que ella cortó la conversación, que si no... hubiera sido todo muy complicado... Esto no puede seguir así, tengo que dejar pasar un tiempo hasta mi siguiente víctima... el tiempo que sea, el que haga falta hasta que todo esto se calme..." Pensé.

Intenté seguir con normalidad el desayuno, aparentando que era una persona normal... pero... "no me gusta nada la forma en que me miras mientras te comes la puta tarta... no me gustaría que fueses la siguiente... no me obligues... me habías caído bien..."

Capítulo 27

"LA SAGA AMERICANA"

INTRODUCCIÓN

"El cielo estaba lleno de sol. Comenzaba a pesar sobre la tierra y el calor aumentaba rápidamente. No sé por qué habíamos esperado tanto tiempo antes de ponernos en marcha. Tenía calor con mi traje oscuro... Yo estaba un poco perdido entre el cielo azul y blanco y la monotonía de aquellos colores, negro viscoso del alquitrán abierto, negro opaco de las ropas, negro lustroso del coche. Todo esto, el sol, el olor del cuero y del estiércol del coche, el del barniz y el del incienso y la fatiga de una noche de insomnio, me turbaba la mirada y las ideas".

Extracto de "El extranjero" de Albert Camus.

YA VENDRÁN LAS MALETAS

4 de mayo.

Embarqué en cuatro aviones, me perdí en cuatro aeropuertos, soporté cuatro horas de turbulencias sobre el atlántico en un Airbus tan grande como un barrio que se agitaba lo suficiente para arrancarme los auriculares de cuajo. Recuerdo a las azafatas muy serias, en su asiento auxiliar con el cinturón puesto y sus manitas de azafata sobre su regazo; recuerdo los carros de comida atados con cuerdas de seguridad y haciendo chocar todas sus bandejas; niños llorando y señores gordos y de color rosa con sombrero.

Estaba solo y mi miedo era raro. Me dirigía al lugar de donde surgen los sueños, a la tierra donde nace todo lo que hay que ver, oír y leer: California. Pensaba que el piloto era Denzel Washington, o que en caso de accidente nos estrellaríamos en una isla con buen clima y viviríamos un sinfín de aventuras con un final absurdo. Estaba intoxicado de

expectación.

No te das cuenta de lo grande que es el planeta hasta que no te vas bien lejos. Cada hora era un sello más sobre mi pasaporte de exiliado voluntario, galones de valentía, patadas a mi pequeñito círculo de comodidad. Me iba sólo a la otra parte del mundo y allí confiaba en que me esperaba una familia de acogida, una casa temporal, una mamá de sustitución, una vida que aguardaba ser escrita desde cero.

¿Quería aprender inglés? Sí, pero no sólo eso. Quería aprender inglés mientras cortaba el cordón umbilical que me unía a mi casa en el más amplio de los sentidos, quería sentir el desarraigo, quería medir mi capacidad para manejarme sólo, lejos de mi cuarto y mis amigos. Pero sobre todo, quería vivir para poder seguir escribiendo.

El último avión en el que me subí tenía dos hélices y era precioso, parecía de juguete; tenía capacidad para diecinueve pasajeros y volaba por debajo de las nubes. Cuarenta y cinco minutos de vuelo para ir de Los Ángeles a Santa Bárbara, destino final. Todos los pasajeros me parecían actores de televisión. Recuerdo asomarme por la ventanilla y ver las luces de Malibú ahí abajo y pensar que no era Malibú. Creo que fueron dieciséis o diecisiete horas de vuelo en total en las que fui ganando terreno al sol, más nueve horas de cambio horario; no vi la noche en veinticinco horas y ésta me pilló de golpe en LAX.

Pero en Santa Bárbara me esperaba otro tipo de golpe: mis maletas se habían quedado en Los Ángeles. Me vi con lo puesto; la misma ropa sudada e inapropiada para California en mayo y una bandolera llena de papeles que ya no necesitaba. Solo en la otra parte del mundo. Eso es lo que buscaba, reducir mi círculo de comodidad a un punto y aparte. La chica del aeropuerto —muy parecida a Kristen Stewart— me prometió que en un máximo de setenta y dos horas mis maletas llegarían al 3998 de Colina Street; mi casa en Santa Bárbara, donde me esperaba Wendy, mi mamá de acogida.

Apuntado en un papel tenía la dirección de mi casa y el número de teléfono del taxi al que tenía que llamar, porque a través de la empresa había contratado un transfer desde el aeropuerto. Así que llamé. Tom Selleck salió de aquel vehículo amarillo tan visto en las películas, me saludó y se quedó mirando a mi alrededor, paseando sus ojos de tipo duro por el vacío que me rodeaba; buscaba equipaje que cargar, hasta se había remangado y todo. Se lo expliqué y de pronto, a través de frases cortas, se estableció una fuerte complicidad entre nosotros. Era la primera conversación distendida y amistosa que tenía en inglés; hasta entonces todo habían sido trámites. Vi que podía incluso bromear.

El taxista Tom me explicó que no me iba a llevar a casa de Wendy porque había llegado un día antes de lo establecido en el contrato. Iba a pasar

una noche en West Mission; me lo dijo con un gesto cómplice en la cara que meneó su bigote como en los dibujos animados para después añadir: *"Welcome to the Hotel California"*. Una ráfaga de olor a marihuana se coló por la ventanilla y yo pensé si ése era el olor a "colitas" del que hablaban los Eagles. La hija del taxista Tom estudiaba en UCLA algo relacionado con el cine.

Llegamos a West Mission, una calle iluminada en la noche por la luz de seguridad de las pequeñas cajitas todas ellas iguales que descansaban a los lados. Todas dormían menos una; en la que yo iba a pasar la noche. Un auto caravana en la entrada del garaje, la claridad de la luz cortada por un humo blanquecino y la tranquilidad del aire resuelta por una música extraña y por gritos en el interior. El taxista Tom me dijo que esta iba a ser mi casa por una noche: había una cama libre porque el usuario estaba en Las Vegas pasando el fin de semana. *"Te ayudaría a sacar el equipaje si lo tuvieras, chico, sólo me queda desearte suerte"*, me dijo. Me tendió una mano cual manopla de horno e hizo crujir todos mis nudillos.

Me quedé de pie, frente al porche, observando la vida a través de la ventana. Sin pertenencias, sin casa y al otro lado del mundo, eché de menos mi cuarto, mi cama. Un montón de japoneses se lo pasaban en grande en el salón de la casa. Una chica guapísima se había subido a la mesa y bailaba haciendo que su faldita de cuadros desafiase al tiempo. Todos bebían cerveza y sonreían como sólo saben sonreír los japoneses. La chica que bailaba en la mesa me miró a través de la ventana y me hizo señas para que entrase. Un chico alto con el pelo como dibujado a trazos gordos y gruesas gafas se levantó y abrió la puerta y me invitó a entrar. Me ofreció una cerveza, todos me saludaron sonrientes y me uní a la fiesta: *"Ya vendrán las maletas"*, pensé.

CUERVOS Y MAPACHES EN EL CINCO DE MAYO.

5 de Mayo

Abro los ojos; tengo menos resaca de la que esperaba. La vida empieza mucho antes en California; es normal saltar de la cama a las "seis a eme" independientemente de lo que hayas hecho la noche anterior. Mi despertador ha sido un elegante cuervo que se ha puesto a graznar a un par de metros de mi cabeza. Es lo primero que he visto a través de la ventana en mi primera mañana de exilio; sus graznidos se conjugaban con los típicos sonidos de un barrio tranquilo que comienza a funcionar un domingo por la mañana. Ha sido maravilloso. Mis compañeros de habitación aún duermen. Los japoneses roncan parecido a los europeos. Estoy en una habitación de cuatro literas llena de ropa arrugada y tirada

por el suelo y cables y aparatos electrónicos y medicamentos que jamás he visto. Mientras camino por el pasillo recuerdo conversaciones con Andy y con Ayu. Andy es el chico que me abrió la puerta y Ayu la chica que bailaba encima de la mesa. Cuando todos los demás ya estaban en la cama me prepararon unos fideos picantes que me supieron a amor; charlamos de muchas cosas. Es curioso, les echo de menos y les busco por el caos del salón, pero no están. Hay un tío rubio tirado en el sofá. Ni el rubio ni el sofá estaban ayer ahí. Voy a la cocina. Miro la despensa y la nevera; no entiendo ninguno de los productos. Lo único que me suena de haber visto alguna vez son unos plátanos en una bolsa de plástico, así que cojo uno y salgo al jardín. Andy está sacándole fotos a Ayu, que juega con un mapache que trata de robar un trozo de pizza de una caja de cartón grasienta. Cuando la miro está imitando al mapache que, con sus manitas prensiles de ladronzuelo, se lleva un pedazo de pizza a su hambrienta boca.

Andy ríe y hace sonar el obturador de su máquina de fotos tratando de cuadrar a los dos en la imagen. Ayu radia una belleza tan pura que me pone triste. Lleva un vestido largo de tirantes con unos estampados increíbles y una pamelita de copa enorme con un lazo rosa.

Me siento en una butaca vieja que hay en el porche y pelo el plátano; ambos me saludan con sonrisas perfectas. Una chica tatuada y musculosa pasa detrás de ellos haciendo footing; su coleta pendula marcando los segundos. Sigo con la misma ropa y mi estómago agradece la fruta. Resulta que hoy es cinco de mayo, fecha que para mí y hasta el momento, era conocida por ser el cumpleaños de mi padre. Pero en Estados Unidos es el día de la independencia de México y, sobre todo en la franja sur, se celebra por todo lo alto. Andy y Ayu me invitan a ir al centro con ellos a comer tacos y burritos y beber cerveza corona y tequila. Hace un día espléndido, el cielo es de un azul insultante y las palmeras parecen hacerle cosquillas. Digo que sí, que no hay cosa que más me apetezca en ese momento.

Tengo un montón de preguntas sin responder aferradas a mi esternón: "¿Cuándo llegarán mis maletas? ¿A cuánto estará esta casa de la de Wendy? ¿Dónde estará el instituto en el que mañana empiezo las clases? ¿Cuál será el horario? ¿A qué clases debo acudir?" Andamos por West Mission y el vestido de Ayu ondea como la mejor de las banderas al viento de California. Le planteo algunas de estas preguntas a Andy; me contesta: "*No necesitas un jefe, tan sólo camina*", entonces Ayu me coge del brazo y se ríe como sólo saben hacerlo las japonesas y a mí me parece que es un juguete que te regalan por navidad cuando eres muy pequeño y que te hace muy feliz. Caminamos sin necesidad de un jefe entre puestos de comida ambulantes llenos de globos, bebemos cerveza y tequila, bailamos en la calle, reímos sin parar y nos sacamos un sinfín de fotos; somos la prueba perfecta de que a veces, lo que ves en la tele, se puede vivir en la

vida real.

Me compro un par de camisetas y unos calzoncillos escogidos por Ayu en Urban Outfitters para tener ropa limpia el primer día de clase.

Llegar a casa borracho es lo mismo en todas partes; aunque sea la primera vez en tu vida que vayas a esa casa y la madre que te reciba no sea la tuya, es lo mismo. Me doy cuenta ese mismo domingo, tras haber pasado un maravilloso día regado en tequila y comida mexicana con Ayu y Andy. Me acompañan hasta el 3998 de Colina Street; una larguísima y tranquila avenida que hemos recorrido tambaleantes cogidos por los hombros e intentando cantar rancheras. Dos japoneses cantando rancheras... me he acordado de San Fermines, y lejos de entrarme morriña, me he alegrado aún más de estar aquí; lejos de todo lo conocido.

Nos paramos los tres frente al buzón, que es de esos que tienen una banderita roja que sube y baja, decorado personalmente y con el número de la calle pintado con trazos blancos. Andy nos saca una foto junto al buzón; Ayu y yo salimos como si hubiésemos llegado a la catedral de Santiago después del largo camino. Anochece. Despedida y abrazos; hasta mañana en clase. Giro sobre mis talones y veo la casa: parece el comienzo de algún capítulo de Modern Family.

Camino por el sendero: flores, herramientas de jardinería, un naranjo, estatuillas de jardín... y al final, junto a la puerta trasera, mis maletas. Recuerdo abrazarme a ellas con la misma actitud que abracé a mis amigos minutos antes: como a dos seres vivos a los que aprecio. Han llegado antes de lo previsto. Me acuerdo de la chica guapa del aeropuerto que se parecía a Kristen Stewart y lanzo un beso al cielo.

Wendy y mi compañero de casa me esperaban dentro, estaban cenando. Se dieron cuenta de que estaba borracho y contento, pero hicieron como que no pasaba nada. Parecíamos una sitcom.

DIARIO DE UN OUTSIDER #1

"Supercordura: La vida no debería ser un viaje hacia la tumba con la intención de llegar a salvo con un cuerpo bonito y bien conservado, sino más bien llegar derrapando de lado, entre una nube de humo, completamente desgastado y destrozado, y proclamar en voz alta: ¡Uf! ¡Vaya viajecito!"

Hunter S. Thompson

TODOS HEMOS LLEGADO SOLOS

10 de mayo

No me considero una persona maleducada, pero aquí, para no parecerlo, tienes que hacer un esfuerzo titánico. El otro día lo hablaba con Adriana en el bus. Creo que Adriana va a ser un personaje de mi próxima novela; sí, siento que algo se está cocinando en mi interior. Aún no sé el qué. Bueno, a lo que iba. Todos los días de lunes a viernes a las siete y media de la mañana salgo de casa y me dirijo hacia la parada del bus de la línea seis. Para ello tengo que andar toda mi calle, Colina Street, hasta llegar al cruce con La Cumbre y después bajarla entera hasta State, la principal. En el trayecto paso frente a cuarenta y seis casas —si sólo cuento las del lado derecho—, que presentan los movimientos típicos de las casas californianas a primera hora del día: recoger el correo, regar el jardín, llevar a los niños al colegio, desayuno en el porche y todo eso. Cuarenta y seis “buenos días” con sus correspondientes coetillas o marcas de la casa; típicos chistes americanos que poco a poco voy entendiendo. Agotador; incluso exasperante si vas con el tiempo justo. Me parece absurdo tener que ir saludando a todos y cada uno todos los días todas las mañanas. Cuando llego a la parada respiro hondo, aliviado, miro el reloj y espero a que venga el bus en el que lo más seguro es que estén mis amigos: Adriana, Urban, Kristen, Kokoa... Con ellos puedo hablar de manera normal. Creo que todos ellos —no sólo Adriana—, van a tener un papel importante en mi próxima novela, sí. Ellos y los locos del autobús de la parte delantera. Nos encanta observarlos mientras intentamos hacer los deberes. Siempre se suben los mismos. A veces aparecen algunos nuevos que jamás volvemos a ver. No molestan a nadie salvo a sus propias mentes. Hablan del fin del mundo, de hermanas que nunca han tenido y de novias que se fueron lejos.

Mis amigos “californianos” son de todas partes, como todo el mundo aquí: de Japón, Suiza, España, México... Todos hemos llegado solos y al de poco nos hemos dado cuenta de que la vida no es para pasarla en soledad. Tenemos un móvil de prepago con el que nos llamamos y nos mandamos mensajes a todas horas.

El instituto es como una pequeña Torre de Babel donde gentes de todo el mundo tratan de revertir el castigo divino que Dios impuso al hombre con el idioma. Hoy estoy algo bíblico, no sé por qué. Urban tiene una facilidad asombrosa para la pronunciación; nos lo pasamos genial en los descansos con los grupos de alemanes y suizos. Los rudos arios le dicen al chaparro

y avisgado mexicano que le diga una frase a tal chica; se la dicen al oído y él, tan sólo escuchándola una vez, va y la reproduce ante una rubia guapísima que está jugando al ping pong con sus amigas; de pronto ellas gritan y se escandalizan y comienzan a perseguirle por toda la zona de recreo para atizarle con las palas y todos reímos. Son esos momentos los que me apartan del vértigo y la melancolía tan presente en los primeros días. Urban es genial, tengo que pensar un pseudónimo para él cuando escriba mi novela. Cuando mi cerebro estaba agotado de pensar y hablar en inglés las veinticuatro horas del día —mis primeros contactos fueron con japoneses y suizos— apareció entre la gente y me acerqué a hablar con él. A Kokoa la conocí porque un día se sentó a mi lado en clase de gramática y asistí al espectáculo que supone una japonesa cambiándose las lentillas. Eran de color morado. Nos pusieron por parejas para hacer ejercicios y tuvimos buen feeling. Su voz es ronca y su risa más; le encanta el vino y los pitillos extra largos. Conduce un Jeep Cherokee al que casi no llega a los pedales haciendo gala del tópico que enlaza a los asiáticos y el volante; es súper divertida.

Mientras conduce nos habla en inglés y cuando los conductores le pitan por alguna infracción los insulta en japonés. Estoy muy contento de haberles conocido. Estar aquí solo, como todos lo estamos, me ha hecho ver que si no llamo yo, nadie va a hacerlo por mí. Eso supone una lección básica de humildad.

Los primeros días de clase en los que no tenía vínculos fuertes con nadie me daba grandes paseos por la ciudad yo solo, observando a los demás, libreta en mano y apuntando ideas. Al de un rato, cuando se acercaba la hora de la cena, esto es, las seis de la tarde, cogía el bus y volvía a casa. Saludaba a mamá Wendy que trabaja en los rosales de su jardín y entraba a mi cuarto, dejaba las cosas y me conectaba a internet para subir fotos al Facebook o hablar con mis amigos de España. Al de una hora, escuchaba los pasos de mamá Wendy por el pasillo. Primero se detenían en la habitación de Manuel, tocaba la puerta y decía: "Manuel, dinner is ready", y después hacía lo mismo conmigo. Manuel y yo salíamos a la cocina y cenábamos con ella mientras charlábamos de cosas livianas y ella ponía a prueba nuestro inglés.

Cuando conocí a mis amigos esto cambió. Me refiero a lo de dar paseos solo e ir a cenar a casa a las seis y todo eso. Recuerdo lo que me dijo Adriana en la playa un día: "Yo al principio también me iba sola por ahí y tal, pero luego descubres que puedes hacer eso mismo con alguien, y no es mejor ni peor, es diferente". Es como si al llegar aquí se reseteara la mente y nos tuviéramos que dar cuenta de nuevo. Pues bien, más o menos al mismo tiempo, nos dimos cuenta de que éramos jóvenes y de que estábamos en el lugar de donde se suponen que nacen los sueños.

Y ahí comenzó todo.

DIARIO DE UN OUTSIDER #2

"Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo: «Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias.» Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer".

Extracto de "El extranjero" de Albert Camus.

EL DÍA DESPUÉS DEL BAJA Y MÁS COSAS

20 de mayo

Un ruido extraño taladra mi cabeza; lo noto rebotar por dentro del cráneo. Hoy es jueves y es el "día después del Baja". Aquí se sale los lunes y los miércoles, además del fin de semana. Adoro California. Hay un bar que se llama "Baja" al final del State que hace fiestas de estudiantes los miércoles y vamos todos los del instituto. A Kokoa a Adriana y a mí se nos fue la mano con el tequila; la marihuana hizo el resto. Tanteo con mano muerta por la mesilla de mi cama llena de botellines de agua y medicamentos españoles. Wendy me preguntó el otro día, en el brunch, a ver si estaba enfermo. Debí verlos todos esparcidos a través de la ventana cuando trabajaba en el jardín. Le dije que no, que me los había traído por si acaso. Paracetamol e ibuprofeno para mañanas como estas, bromazepam para noches como aquellas. Por fin encuentro el móvil. Es Rebeca, una chica de Santander que llegó la semana pasada y se unió al grupo.

—Hola. ¿Qué haces? —me pregunta.

—No lo sé. Creo estaba soñando con insectos. Había muchos.

—Qué asco.

—¿Qué hora es? —El sol se cuela por mi ventana y los rosales parecen

envueltos en llamas.

—Las doce y media. No aguanto más en casa.

—¿Has hablado con estos?

—Aún no.

—Creo que Adriana y Kokoa se iban al outlet de Camarillo pronto por la mañana. Vendrán por la tarde. ¿Hablas tú con Urban y yo con Kristen? En tres cuartos de hora en el Transit center.

—Vale.

Ese día fuimos al zoo y al mercadillo. De vuelta nos cruzamos con una exposición de coches preparados y trucados hasta los dientes. A Rebecca casi le dio un ataque cuando nos cruzamos con el actor que hacía de Sawyer en la serie "Lost"; salía de una carísima y súper moderna tienda de decoración.

Fuimos de un lado para otro, merodeando, hablando a ratos y ambos tuvimos la sensación, incluida Rebecca que llevaba menos tiempo, de que la ciudad se estaba quedando pequeña. Nuestros propios recuerdos nos lo decían. Nos pensábamos y veíamos ya integrados; nuestro día a día era como el del vecino. Sabíamos dónde estaba todo y con el idioma nos desenvolvíamos bien. El hecho de que hubiera en el grupo una suiza y una japonesa nos obligaba a seguir hablando en inglés entre nosotros, aunque a veces hablábamos partes en castellano para relajar la mente y Kristen y Kokoa se divertían con nuestro acento y expresiones como "cojones", "ándale", gilipollas, "la hostia de hambre" y todo eso. Intentaban imitarlas o saber de qué estábamos hablando.

Al llegar el atardecer fuimos bajando hacia la playa; Kokoa y Adriana estaban de camino. Urban había discutido con su mamá de acogida y estaba un poco cansado de su entorno; era el que más tiempo llevaba en Santa Bárbara. Compartiendo un porro junto al skatepark, nos dimos cuenta de que todos, por una razón o por otra, pensábamos lo mismo: Había llegado el momento de viajar.

Queríamos riesgo, emoción.

—Vamos a faltar a clase y a casa —dijo Kristen. Siempre era la más cauta y responsable.

—Nunca como ahora vamos a estar aquí y ahora —dije yo. Ya estaba viendo cómo la historia cobraba forma ante mis ojos. Adriana sonrió y

miró al horizonte.

—En el Cherokee cabemos todos —dijo Kokoa

—No se hable más —dijo Urban.

Una punzada de temor voló cercana a nuestros estómagos intentando clavarse, yo la ví, pero al final se esfumó. Era jueves, y lo normal en los fines de semana era marcharte por ahí con la escuela, así que decidimos hacer pira a la clase del día siguiente y marchar pronto por la mañana para llegar a Los Ángeles a la hora del almuerzo.

GARABATOS AL BORDE DE UN CUADERNO MANCHADO DE SUDOR Y LICOR

"He sostenido siempre que cuando escribes tienes que olvidar todas las normas, el estilo literario y demás presunciones como palabras importantes, oraciones arrogantes y frases por el estilo, es decir; saborear las palabras como el vino y, adecuadas o no, escribirlas por lo bien que suenan. Creo que habría que escribir, en la medida de lo posible, como si uno fuera la primera persona de la tierra y describiera humilde y sinceramente lo que ha visto, experimentado, amado y perdido, sus pensamientos fugaces y sus pesares y anhelos; y esas cosas deberían decirse evitando cuidadosamente frases corrientes, el empleo trivial de las palabras vulgares y demás. Habría que combinar Wolfe, Flaubert y Dickens. El arte es bueno cuando nace de la necesidad. Tal origen es la garantía de su valor; no hay otro."

Carta de Neal Cassady a Kerouac.

GARABATOS

No hay nada más trágico que asistir al violento espectáculo de la explosión de belleza. Te vuelves pequeño y enorme y blando y todo a la vez. El morro del coche traga líneas amarillas; millas de asfalto; lloro de emoción. Kokoa está guapísima al volante, la música suena y el viento se cuela por las ventanillas haciendo crujir el mapa de carreteras que no nos dice a dónde vamos. No hay destino.

En algún lugar de la vasta serpiente que es la 101.

¿Qué significa todo esto? ¿Quiénes somos? Ahora mismo unidad. El desarraigo une y cura a la gente. Las palmeras lo saben. Kristen está pensativa.

Rodeo Drive.

Los Ángeles no tiene identidad, es un lugar cien veces visto que nunca se muestra al recién llegado como algo nuevo; mal lugar para los peatones. Buscamos un lugar para pasar la noche. Eterno exilio inducido.

Nada más llegar a Sunset Blvd.

Paseábamos por Venice Beach y yo tenía la sensación de que nos conocíamos desde siempre; les miraba y nos sonreíamos y éramos como quintillizos en un orfanato que saben que les van a separar. De pronto Rebeca se desvió hacia la playa mientras nosotros contemplábamos la sencillez de un músico callejero que versionaba a Dylan. Se sentó sola en el bordillo; yo me acerqué al de un par de minutos y me senté a su lado. Ambos mirábamos el mismo horizonte azul. La cogí por el hombro y le susurré: *"Lo sé, lo sé, pero disfrutemos mientras tanto."*

Venice.

El suelo es magma y las caras de los famosos son de cera. Los McDonalds son iguales en todos los lados; el tipo que tenía delante en la cola para el happy meal llevaba la pistola a la vista de todos; no me ha sorprendido, se parecía a Wesley Snipes. Bebemos y fumamos y el sol sigue arriba y la gente parece repostería recién horneada.

Antes y después del Madame Tussauds.

Adriana me ha dado un beso en la boca cuando subíamos las escaleras mecánicas que hay junto al Chinese Theatre. Sus labios sabían a viento.

Las manos y los pies de Will Smith son muy grandes.

Chinesse Theatre.

—Me da miedo lo que siento por vosotros —dijo Kristen.

No hubo réplica. Todos la entendimos.

Escaleras de la Biblioteca de UCLA

No nos hemos sacado ni una foto aún; vivimos.

Restaurante de Hollywood Blvd.

Urban y Kristen han caminado abrazados por la cintura sobre la estrella de Tyron Power. El cielo sigue en su sitio. 89º Fahrenheit a las seis de la tarde.

Vuelta hacia el coche.

Hemos conseguido una misma habitación para los cinco. Con una cama grande nos valdría. Fumamos y bebemos en la escalera de incendios. La vida es una continua emergencia. Mañana vamos a ir a Long Beach y trataremos de colarnos en alguna fiesta.

Hollyday Day Inn.

No me acuerdo de cómo era mi casa. No logro definir la cara de mis amigos de España. No me siento mal por ello.

Ascensor con espejos.

Comencé pensando en inglés, luego soñé en inglés, ahora recuerdo conversaciones que he tenido en inglés como si hubiesen sido en

castellano.

Mientras Kristen se ducha y Adriana se cambia ante nosotros.

Los vagabundos son una fuerza viva de esta ciudad.

Habitación a oscuras, dos de la mañana.

—A la mierda las fiestas de esos niños pijos, en ellas no estáis vosotros.
¿Nos vamos a Las Vegas? Tengo tres mil dólares para hacer lo que quiera.
—dijo Kokoa.

Nos cogimos un pedo por la calle, de esquina en esquina, y a la mañana siguiente partimos hacia la ciudad del pecado.

Bel Air.

Para un vasco Las Vegas no es para tanto; comprendo que para un americano sí, incluso para un francés o un sueco y demás europeos serios y aburridos. Quiero decir, ¡Guau! Te dejan beber en la calle y la gente va pedo por la mañana y hay fiesta a plena luz del día y todo eso, pero... ¿Y San Fermines? ¿Y la calle Somera del Casco Viejo? Ahora bien, me callo cuando miras a los lados y ves cosas como el Bellagio o el Caesars Palace y las limusinas y... me callo.

Recién llegados al Strip, desde la ventanilla del Cherokee.

La novela es un hecho cada vez más sólido. Todo esto tiene que traspasar las fronteras de nuestra mente. Tengo que hacer algo con estas notas, o dejarlas así.

Mientras veo a Kokoa beber un margarita

Las Vegas se mantiene bajo la presunción de que la ludopatía no existe. El alcoholismo y la adicción al sexo es otra cosa.

Hall del Caesar's Pallace

He visto a Bill Murray y Steven Seagal gesticular más en sus actuaciones que el tipo que tenía al lado en la mesa de black jack del Bellagio y que ha perdido seis mil quinientos dólares en diez minutos. Kokoa tiene una habilidad innata para jugar al bacará.

Mesas de juego del Bellagio

Nos estamos impregnando de una lujuria alcohólica; rezuman nuestros poros una especie de melaza pegajosa que se siente al tocarnos. Nuestro motel tiene jacuzzi en la azotea.

Old Las Vegas

Kristen, la niña responsable y cauta de mejillas sonrosadas ha hecho un "flash boob" (es como se llama aquí a levantarse la camiseta y enseñar las tetas) al ganar cien pavos al video póker y ha dicho que quiere ir a un local de striptease a que le hagan un lap dance.

Casino

En el Caramel Pub del Bellagio, uno de los clubs más exclusivos de la ciudad, el olor predominante es la halitosis y el sudor. Me preocupa aún más que huelga a sushi; no he visto ninguna bandeja.

Caramel Pub

Seguimos sin sacarnos fotos, la vida es demasiado como para perder el tiempo en tonterías; las únicas instantáneas de nuestro viaje serán estas; sin retoques.

Esquina Incierta

Kokoa y Kristen se han morreado en mitad de la pista; no sé donde estamos.

A pocos pasos de la Esquina Incierta.

NOTAS A PIE DE PÁGINA

Creo que dejarlo aquí sería lo mejor. Necesito tiempo para pensar. Nuestro viaje fue demasiado intenso; tal vez salga algo de todo esto si algún día le echo huevos. Vinimos solos y nos juntamos y por momentos también nos sentíamos solos porque el mundo es gigante. Sentirse "outsider" en una nación fundada por outsiders es lógico; querer sentirse "insider" es absurdo. El amor es lo único que puede acercarnos; un amigo mío dice que "la piel cose las distancias", pero una de sus frases favoritas reza "no te entiendo casi todo". Eso es lo que le diría yo a la vida: no te entiendo casi todo, pero en el trayecto se puede ser feliz.

Durante mi larga estancia en California acudía una vez por semana a la misma lavandería. Era propiedad de una familia mexicana. La matriarca del extenso clan se hacía llamar "Mum" y a mí me llamaba "mijo". El primer día que entramos en el establecimiento mi compañero de habitación y yo, ella fue quien nos salvó la colada. Nos explicó, pasito a pasito de anciana, qué debíamos hacer y qué no, con la ternura de una abuela a la que ves poco. No podía acabar este relato sin mencionarla; en ella encontré el cariño familiar que la distancia me había arrebatado. Todas las semanas iba a la lavandería de "Mum" y ella me recibía con un abrazo para después decirme: "*te estaba esperando mijo*" y charlábamos de esto y lo otro; las noticias de la fox, los incendios, los actores de Hollywood... Cuando deshice la distancia a mi regreso, todo seguía más o menos igual, pero anduve unos días raro. El planeta es inmenso y nosotros no somos seres insignificantes; la visión que tenemos de él le afecta, es sensible.

Si alguna vez te sientes solo no busques compañía; vete lejos, comprende lo que es la soledad y aprende a valorar la compañía: verás cómo cambia todo.

FIN